RALPH BARBY

CUANDO LAS MUJERES DEJARON DE AMAR A LOS HOMBRES

SAGA EGMONT

Ralph Barby

Cuando las mujeres dejaron de amar a los hombres

Rafael Barberán

Saga

Cuando las mujeres dejaron de amar a los hombres

Copyright © 2022, 2022 Ralph Barby and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728354353

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com
Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

ralphbarby@hotmail.com

Dedico este libro, mi última obra de Ciencia-ficción, escrita en tiempos de pandemia, a los Profesores de Literatura…

Benedicto Andrés González Vargas
Profesor de Literatura.
Profesor de Enseñanza Media en Castellano en Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez - Chile

…..

Luis Ángel Lobato
Profesor de Literatura
Ha estudiado Filología Hispánica en Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Valladolid

Gracias a ambos por creer y difundir que, a través de la Ciencia Ficción, se pueden decir y expresar diversidad de opiniones, como en cualquier otro género o temática literaria.

©Ralph Barby

Capítulo Primero

La olía y, seguro de su olfato, avanzó entre la espesa y húmeda selva tropical con abundantes palmáceas. Sus pies pisaban firme y al mismo tiempo, con el sigilo propio de un predador. Los aullidos y chillidos de los monos que se colgaban de unas ramas para saltar a otras parecían seguirle, quizás guiarle, ¿o acaso pretendían denunciar, delatar su presencia para prevenir a alguien? ¿A quién? Las diferentes aves esparcían sus cantos, sus silbos, Jocnou no se preocupaba de ellos.

Por entre una ligera bruma permanente, que semejaba la respiración de la tierra húmeda y caliente, el arbolado exuberante, de diferentes especies, parecía disputarse el espacio vital con sus ramas y raíces. No era visible para el hombre la cúspide de sus ramas y hojas que buscaban ansiosas los rayos del sol para sobrevivir. Sus ojos captaron mayor claridad, había más abertura entre el follaje, ante él se abría un claro en la selva.

Se detuvo. La descubrió en medio del amplio claro que los árboles, matorrales ni otras especies vegetales lograban invadir, era un claro sembrado de una espesa hierba que lo alfombraba. La descubrió quieta, en pie, su olfato la captó con intensidad pese a los múltiples olores que despedía la selva. Allí estaba ella, mirándole directamente como si le esperara. Era la hembra receptiva que, a través de la distancia, de la abundante flora, debía haberle enviado sus perfumes naturales. El hombre no dijo nada, ella tampoco. Como si ambos hubieran ansiado aquel encuentro, cruzaron sus miradas. Fue como un desafío inicial, como si se estuvieran midiendo o valorando de alguna manera. Ambos estaban desnudos, mas no eran conscientes de ello. Jocnou aguantó sin preguntarse cuánto tiempo había estado esperando, el tiempo no existía para ellos. Eran dos seres del bosque tropical, podían encontrarse y minutos después, separarse para no volver a verse jamás, dos criaturas que no se sabía de donde llegaban ni hacia donde se dirigían.

Aquella mujer era tan joven que parecía recién despertada su eclosión de hembra. Sus mamas no eran muy grandes, pero sí altivas, sugerentes y obsequiosas. Los largos cabellos tenían una negritud difícil de describir, de hallar en otra parte. Jocnou aguardó inmóvil ante aquel cuerpo proporcionado, perfecto en su especie, elástico tal como se exigía para sobrevivir en un medio tan hostil.

Ella, sin moverse, esbozó una sonrisa. Jocnou, paso a paso, sin prisa, avanzó hacia el encuentro total. Sus fosas nasales aspiraron con fuerza. La mezcla de olores se convirtió en una fragancia que a otros habitantes del

bosque tropical no les importaría, pero a Jocnou le estimuló. No hacían falta palabras, cuando se detuvo a menos de un paso de ella, extendió sus manos para tomarla con suavidad por las caderas.

Parpadeó perplejo, sus manos grandes, fuertes, muy propias de su sexo masculino, no consiguieron alcanzar aquellas caderas curvadas y sugerentes. Sus dedos ansiosos no llegaban a tocar a la muchacha que seguía sonriendo, como burlándose de él. Desconcertado, cejó en sus intentos, cuando lo que ansiaba era cogerla, abrazarla, besarla, lamerla, hendirse en ella, deseaba lo que la naturaleza que les envolvía le empujaba a realizar, lo mismo que hacían las otras especies de animales que convivían en la selva tropical. Jocnou no conseguía atraparla, era como si lo que estuviera viviendo sólo fuera un sueño.

No le hizo falta buscar con la mirada su propio sexo, sus gónadas se habían excitado y su falo se enderezaba y agrandaba, endureciéndose. Tuvo la impresión de que su verga se había hecho enorme, nunca antes la sintió así.

La jovencísima mujer seguía con sus ojos grandes y oscuros clavados en los de él. Comenzó a sonreír más abiertamente, casi contuvo una risita burlona, de sensual satisfacción. Las manos femeninas atraparon el pene para acariciarlo mientras a Jocnou se le cerraban los ojos y se le secaban los labios. La joven, salida de la selva tropical, le miraba el rostro como buscando sus reacciones, cada nuevo movimiento de sus músculos cambiantes y expresivos.

Las manos de Jocnou solo atrapaban el aire, no sus deseos. Ella estiró el prepucio al máximo para encerrar entre sus dedos finos, largos y sorprendentemente fuertes, la base del glande amoratado, pletórico de vida y sangre.

—Fíjate, fíjate como tiembla —observó Galatea, a punto de reírse abiertamente.

Las miradas de las dos mujeres convergieron en el abdomen y torso del hombre que se hallaba tendido boca arriba sobre la camilla de acero brillante. La mitad del rostro masculino se hallaba cubierto por una máscara digital 4D que le estaba ofreciendo una falsa realidad que Jocnou, en aquellos momentos, era incapaz de descubrir, de identificar.

—Ahora es el momento —dijo Helianna que manipulaba entre sus finos y hábiles dedos un pequeño recipiente de vidrio transparente. Introdujo el amoratado glande de Jocnou dentro del pequeño frasco preparado para la ocasión justo cuando éste comenzaba a eyacular casi con violencia

—Sujétale el pene, no vaya a escaparse y perdamos el ordeño.

Galatea asió con las dos manos el falo tratando de que no se moviera demasiado mientras su compañera conseguía que todo el esperma quedara dentro del recipiente de vidrio. Le dio un giro, como si se tratara del descorche de un vino añejo y rápidamente le colocó un tapón de la misma clase de vidrio esmerilado, dejándolo herméticamente cerrado.

—Listo —aprobó Helianna. Elevó el recipiente a la altura de sus ojos—. Tiene un color perfecto y está calentito —rio levemente.

—Fíjate, está sudado, pero ya no tiembla, se relaja.

—Sí —admitió Helianna—. Apesta.

Galatea concretó con un forzado desdén:

—Es un macho. Que no te vean disfrutar tanto con tu trabajo, podrían cambiarte de destino.

—Bah, sólo me divierte, ahora hay que higienizarlo.

Helianna deslizó sus dedos sobre la pequeña pantalla del emisor-receptor de pulsera. La camilla de intervenciones se transformó en rodante y autónoma. Accionada robóticamente, se dirigió hacia una gran circunferencia de cristal a modo de tambor de lavadora. La puerta de cristal se abrió en dos mitades mientras Helianna guardaba el recipiente en su mano como si fuera una preciada joya.

Galatea le quitó al hombre la máscara digital 4D. Jocnou, ignorante de cuando le ocurría, seguía creyendo que se hallaba en un claro de la selva tropical con una hermosa mujer desconocida. Agitó la cabeza como saliendo de un sueño inexplicable e incontrolado. Aturdido, sin saber qué le sucedía, abrió los ojos y descubrió a las dos mujeres vestidas con un mono que jamás antes había visto en ninguna mujer. Eran como una segunda piel, ajustadísimos a sus respectivos cuerpos. Una de ellas vestía en azul claro y la otra, en rosado. Sus cabellos, azul celeste una y la otra, pelirroja brillante. Sus cinturas estaban rodeadas por cinturones de piel de reptil con una gran hebilla circular donde se destacaba el grabado de una mujer.

La camilla con vida propia, se inclinó y Jocnou, aún sin poder reaccionar, cayó dentro del gigantesco bombo de la lavadora, un bombo construido en acero inoxidable y revestido de silicona verdosa que mantenía una flexibilidad que impediría dañar a un cuerpo humano. El gigantesco bombo comenzó a girar lentamente mientras sobre el hombre caía agua en forma de lluvia.

—No le pongas mucha velocidad de rotación, ya sabes que puede resultar fatal —le previno Helianna a su compañera Galatea.

—Por supuesto que no —aceptó Helianna—, este hombre es especial, nos lo advierte el informe de clasificación.

Galatea observó como Jocnou se incorporaba dentro del tambor de la lavadora gigante, pero volvía a caer con su cuerpo ya totalmente mojado y el nivel del agua seguía subiendo.

—Según las normas, es un espécimen fuerte, muy fuerte, proporcionado, estatura metro noventa, en apariencia carece de defectos.

—Eso ya lo sabremos después de realizarle todas las analíticas. No me gustaría tener que desechar su esperma, lo están esperando en el laboratorio de genética. Ya sabes que todo ha de ser perfecto y no se admiten sorpresas decepcionantes.

Mientras las dos mujeres hacían sus comentarios, Jocnou, desconcertado y aturdido, se enderezaba con grandes dificultades y se pegaba a la puerta circular de cristal. La golpeó, trató de introducir sus uñas por entre la junta que unía las dos medias circunferencias, pero volvía a caer sin lograr sus propósitos. Helianna, muy segura de sí, opinó:

—Ahora, cuando el giro del bombo aumente de velocidad, se verá obligado a caminar dentro de la rueda.

Y así sucedió. Golpear el cristal con los puños no le sirvió de nada y para no rodar de forma incontrolada, Jocnou comenzó a caminar en el sentido contrario en que giraba el gigantesco bombo. El agua había subido de nivel y debía de tener disuelta una cierta cantidad de detergente. Ya no veía los rostros de Galatea y Helianna, ni siquiera distorsionados como los contemplaba antes, las salpicaduras de agua contra el cristal parecían copos de nieve. Jocnou rugía de rabia e impotencia, obligado a caminar dentro de aquella rueda gigante. Si caía y quedaba quieto, corría el riesgo de ahogarse en el agua jabonosa, un agua que ya debía alcanzar una temperatura de unos 50ºC.

Las dos mujeres, considerando que su labor había terminado, se alejaron mientras la máquina de lavado proseguía implacable haciendo su trabajo. Si el hombre sucumbía allí dentro, dejaría de ser el espécimen fuerte que les interesaba.

Como la velocidad del tambor era cambiante, lo mismo que el sentido de rotación, Jocnou cayó en varias ocasiones. Chapoteó en el agua con detergente que escupió temiendo tragársela. Se sentía ya agotado, el agua le llegaba hasta la rodilla cuando trataba de quedarse quieto y en pie, lo que resultaba más que difícil. Comenzó a descender el nivel del agua provocando un gran ruido, pero la máquina seguía girando y girando. Encima del hombre que semejaba estar sometido a una tortura, comenzó a llover agua limpia. Luego, el mismo ruido de vaciado. Cuando esperaba que se abriera la puerta de cristal, corrientes de aire caliente lo fueron secando hasta que no quedó una gota de agua dentro de la lavadora que, inesperadamente, se detuvo.

Jocnou, jadeante se encaró con la puerta circular de cristal esperando que se abriera, pero no sucedió como esperaba. Bajo sus pies se abrió una trampilla que formaba parte del tambor y, sin poder remediarlo, se hundió en un canal que se lo tragó literalmente.

Capítulo ll

El instinto de supervivencia le despertó con violencia. Un dolor de cabeza insoportable enturbió su visión. El águila enfurecida se lanzaba sobre él, no consideraba a Jocnou una presa, sino un peligro a destruir ya que se hallaba encima del nido donde el ave carnicera tenía depositados sus huevos.

Si el águila conseguía hundirle las afiladas y poderosas uñas de sus garras, no podría soltarse, sería su fin, imposible esquivar el mortal pico. Jocnou, sin mirar siquiera, cogió uno de los huevos y con violencia lo lanzó contra la cabeza del águila estrellándoselo contra los ojos. El ave carnicera aleteó desconcertada.

Jocnou repitió la jugada, acertando de nuevo, se le daba bien el lanzamiento de piedras. Con los huevos que tenía a mano consiguió su propósito. Con gran rabia, el ave aleteó; estrellado el contenido de los huevos, estos ya no iban a convertirse en sus polluelos. Jocnou recuperó la visión y olvidándose del dolor de cabeza que amenazaba con hacer estallar su cráneo, se percató de que se hallaba en la cúspide de una montaña rocosa, de difícil acceso. No se preguntó por qué estaba en aquel lugar, no se preguntaba nada, tenía que salvar su vida y eso era prioritario. No lo dudó. Sus manos de musculatura poderosa se aferraron a las patas del águila por encima de sus garras, de tal modo que éstas no pudieran hundirse en sus brazos. La poderosa ave carnicera se dejó caer al abismo en vuelo de planeo incontrolado, como si transportara una presa recién capturada. Jocnou pesaba más que un rebeco o cualquier herbívoro de tamaño semejante, por ello no podía desplomarse junto con el águila, eso significaría su fin.

Apenas sin ver, los ojos sucios por el contenido de los huevos estrellados, el ave descendió en oblicuo, pero cerrándose casi hacia la temida verticalidad rocosa. Jocnou observó la proximidad de las ramas altas de un pino-abeto y no lo dudó. Soltó las patas del águila y ésta, al sentirse libre del peso que la precipitaba en la caída que podía ser mortal para ambos, agitó las alas y remontó el vuelo.

Las manos de Jocnou se abrieron paso entre el ramaje del gran árbol y fue descendiendo hasta que le bastó un salto para llegar al suelo tapizado de pinaza muerta que le hizo resbalar unos metros por la pendiente. Quedó quieto, tendido, mirando hacia un cielo que no podía ver por el abundante ramaje del bosque. Resopló, buscó aire para sus pulmones y ese aire le llegó aromatizado por el aroma de las coníferas.

Parpadeó, aclarando su vista para precisar mejor lo que acababa de

descubrir. Ante él, a poca distancia, un niño al que calculó una edad de diez u once años. Le estaba mirando fijamente, sus ojos muy abiertos expresaban admiración.

—Hola, hola. ¿vives por aquí?

El niño decidió que no tenía por qué temer al extraño y se le acercó. Antes de responder, se inclinó sobre Jocnou que seguía sentado en el suelo. Alargó su mano y tocó la prenda que cubría el torso del hombre.

—Bonito —dijo en voz baja.

Fue entonces cuando Jocnou se descubrió así mismo, y le sorprendió la ropa que vestía: Pantalón y cazadora-guerrera, todo tintado en estilo camuflaje. Se extrañó, no recordaba haber tenido nunca tales prendas, alguien le habría vestido de aquella manera. Él no se cubría con pieles lo mismo que el niño que tenía delante. Era como si ambos pertenecieran a tribus diferentes.

—¿Vives en familia? —preguntó Jocnou.

El niño asintió con la cabeza. Si no era tímido, tenía miedo al desconocido, o sencillamente su habla, su verbo, era escaso, limitado, lo que no extrañó a Jocnou que había conocido a otras personas así.

El niño comenzó a caminar montaña abajo y Jocnou, en silencio, le siguió a uno o dos pasos de distancia. El bosque tenía un arbolado espeso, podían esconderse bien dentro de él, pero también propiciaba que surgiera cualquier animal depredador y atacarles. Ninguno de los dos llevaba palos ni cuchillos, ningún arma, nada. Cuando descubrió la cueva, Jocnou se detuvo. El chico siguió caminando hacia la entrada de la oquedad en la roca, en torno crecían matorrales que medio la ocultaban. Aguardó hasta que el chico volvió a aparecer y con él, del interior de la cueva, surgieron un hombre y una mujer. Jocnou intuyó más que vio a otra persona. Levantó el brazo derecho medio doblado en el codo y mostró la palma de su mano para demostrar que llegaba con amistad y paz, que no debían de recelar de él.

El hombre salido de la cueva llevaba una gruesa rama a modo de palo y vestía con pieles, lo mismo que la mujer. El chico señaló a Jocnou con la mano, aunque ya no hacía falta, allí no parecía haber nadie más, a excepción de aquella otra persona que aún permanecía dentro de la cueva como medida de protección ante la llegada del extraño.

—¿De dónde vienes? —preguntó el hombre de la cueva. Su lenguaje era corto en palabras y deficiente en la vocalización, lo que resultaba muy normal entre las personas que vivían dispersas por bosques, selvas y montañas. Algunas llegaban a perder el habla, o lo que podía ser peor, que nunca la hubieran aprendido por falta de contacto con otros humanos.

Fue entonces cuando Jocnou se percató de que los recuerdos en su mente eran confusos, borrosos, incluso carecía de recuerdos de tiempos recientes. Respondió explicando aquello que le había sucedido hacía muy poco.

—Vengo de lo alto de la montaña, el águila ha querido matarme, estaba

enfurecida. Creía que iba a robarle los huevos de su nido.

Hombre y mujer se miraron entre sí, sorprendidos por la facilidad oral que Jocnou tenía, aunque era posible que sólo hubieran entendido la mitad de cuanto había dicho. La comunicación verbal no debía ser extensa entre aquella familia de la cueva.

—¿Has traído huevos águila?

—No, por poco me mata —respondió Jocnou al hombre.

—¿Hambre? —preguntó la mujer de edad indefinida, posiblemente fuera más joven de lo que Jocnou pudiera deducir por su aspecto. Los cabellos femeninos eran tan largos como descuidados y muy negros, si llegara a lavárselos en el río, era posible que aún se vieran más negros.

—Sí —afirmó, al tiempo que asentía con la cabeza.

Les siguió hacia el interior de la oquedad de la roca, ignoraba cuánta sería su profundidad. Tenían un fuego casi sin llama, rescoldos, en un rincón a modo de cocina. Debía de tener otra salida o grietas en el techo que dieran al exterior ya que el humo no se había notado a la entrada de la cueva. Sobre un lecho de hierbas que olían agradables le puso un pedazo de carne caliente; aquel hombre vestido de pieles debía de ser un hábil cazador. Sentado sobre una piedra, Jocnou comenzó a devorar aquella carne, no sabía de qué especie de animal procedía y se abstuvo de preguntarlo. La mujer de la cueva se le acercó interesada hasta tocar con sus dedos la tela de su cazadora.

El hombre de aquella familia, barbado como el propio Jocnou, pero sucio en general, volvió a mirarle con recelo, tenía cerca el garrote.

—No, no —dijo con voz muy ronca. Era evidente que le había molestado el acercamiento de su mujer hacia el extraño, sin comprender que lo que a ella le había interesado era la tela de la prenda que vestía el recién llegado.

Jocnou descubrió entonces el cuarto personaje de quienes vivían en la cueva. Era una adolescente, casi una niña. Desde las sombras había estado observando al extraño con mucha curiosidad.

—¿Tenéis amigos, vecinos, hay más gente como vosotros?

—Mucho tiempo no vemos hombres como tú —respondió el patriarca de aquella familia.

Jocnou se miró la ropa que vestía, no la reconocía como propia, nunca la había visto hasta constatar que la llevaba en lo alto del pico del águila. Frunció el ceño, como si concentrara su mirada hacia el interior de su pensamiento. Supo que aquel tipo de vestimenta ya había existido en un tiempo que él no había vivido. ¿Por qué la llevaba? Por su mente se deslizaron dos hermosas mujeres que podían ser fantasmales, no las podía comparar con otras mujeres que hubiera visto en su vida nómada, dos mujeres que en nada se parecían a la mujer que le arrancó de su ensimismamiento al darle otro pedazo de carne, arrancado más que cortado del cadáver del animal del que procedía. Era un trozo de carne generoso y pasado por las brasas, para hacerlo

más comestible. Jocnou lo cogió y se lo llevó a la boca. Comenzó a morderlo notando sobre sí los ojos muy fijos de la adolescente, vivamente interesados.

Capítulo III

En su diestra, Jocnou portaba una fina lanza, trabajada por el cavernícola con mucha paciencia. Poseía varias de ellas, posiblemente pulimentadas por su mujer e hijos, era una vara larga y recta, de castaño. Hizo un gesto con la mano y la boca pidiéndole al chico, al que llamó Nano, que no hiciera ruido. Se quedaron muy quietos. A unos diez pasos, por entre unos matorrales, apareció un enorme jabalí que, por los ruidos que emitía, demostraba estar receloso y molesto, posiblemente les había olfateado por alguna ráfaga de viento cambiante.

Aquella jabalina rudimentaria salió con fuerza de la mano de Jocnou y se clavó en el cuerpo del animal que rugió y chilló, los sonidos brotaron mezclados de su boca armada de retorcidos y afilados colmillos. Se agitó con violencia sintiéndose mal herido y la lanza salió despedida de su cuerpo, liberándose de ella. Cegado por el dolor comenzó a correr sin rumbo. El chico trató de correr hacia él, pero el hombre le contuvo cogiéndole por el brazo. Después, Jocnou caminó hacia el lugar por donde se había alejado el animal. Nano miraba de reojo al extraño, éste recuperó la lanza cuya punta estaba ensangrentada y siguió el rastro. El animal perdía sangre, respiraba ruidosamente, los vio avanzar y clavó sus ojos en ellos, no iba a morir sin lucha. Se levantó impelido por una energía insospechada, la energía que precede a la muerte no aceptada, y corrió hacia los humanos. Jocnou, que esperaba esta reacción, aguantó sin moverse y consiguió clavar la punta de la lanza sobre la frente del animal, apenas la hundió entre sus ojos y la bestia quedó frenada. Con rapidez, el chico esgrimió un pedazo de metal a modo de puñal y lo hundió en la garganta del jabalí que no tardó en quedar quieto. No era una caza por diversión, era preciso conseguir carne para la supervivencia de una familia cavernícola.

Con la presa cargada sobre hombros y espalda de Jocnou, regresaron a la cueva refugio de la familia que había acogido a aquel extraño, al que Nano admiraba por su estatura, por su fuerza, por sus habilidades y por su forma de expresarse verbalmente, muy superior a la que tenía su familia.

Al llegar cerca de la entrada de la cueva, el chico se detuvo y giró su rostro hacia Jocnou como para preguntarle. Jocnou dejó caer el jabalí muerto sobre unos matorrales y sin responder a la mirada del chico, avanzó unos pasos hasta detenerse frente a los restos humanos: Dos cadáveres, tan carbonizados que no se les podía identificar, incluso resultaba difícil decir cuál había sido el hombre y cuál la mujer. Jocnou, buscando una explicación, miró en derredor.

No descubrió nada más que hubiera podido quedar afectado por fuego, y no cabía duda que los cadáveres habían sido quemados, casi hasta dejarlos reducidos a unos huesos ennegrecidos. Aquel par de calaveras en nada recordaba a la pareja que había anidado en aquella cueva considerándola un refugio seguro, quizás contra las fieras, pero ninguna fiera podía haber matado de aquella manera al hombre y a la mujer. Nano, que se había alejado unos pasos, se detuvo. Volviéndose hacia Jocnou, le indicó con las manos que se le acercara. Los dos se quedaron mirando los restos del alacrán gigante también quemado.

—¿Qué pasó? —preguntó Nano que no podía entender lo que veía ni podía reconocer a sus padres en aquellos restos humanos tan carbonizados. Calaveras y el resto de sus huesos, casi sin carnes y muy ennegrecidos, y luego aquel alacrán gigante también quemado, aunque no con la misma intensidad.

Jocnou se apartó de los restos humanos para encaminarse hacia el interior de la cueva.

—¡Llum, Llum! —llamó.

Descubrió a la adolescente acurrucada en una oquedad que quedaba algo oculta a quien sólo se introdujera unos pasos dentro de la cueva, como había hecho el propio Jocnou. Se le acercó hasta posar sus fuertes manos en los hombros de la muchacha para infundirle confianza.

— ¿Qué ha sucedido?

—Demonios, rayos, fuego, mucho miedo —gimió temblorosa

—¿Demonios, qué clase de demonios? —La adolescente, llorando de miedo, se le abrazó— ¿Cómo eran?

—No sé, volaban, volaban, no sé, no los vi bien— gimió convulsa. Lloraba abiertamente, todavía presa del espanto y el terror que se había apoderado de ella. Mientras Nano seguía de pie junto a los cadáveres carbonizados, sin entender nada, la adolescente se abrazó a Jocnou. Por primera vez en su joven vida, notó que olía distinto y entre lágrimas aspiró con fuerza.

Cuando abandonaron la cueva por considerarla insegura, los dos cuerpos humanos carbonizados quedaron cubiertos por piedras formando una sola tumba, piedras que las alimañas carroñeras tardarían en quitar, o sencillamente desestimarían seguir buscando.

El tiempo pasaba. Nano se estaba haciendo más alto y espigado, la muerte de sus padres era ya sólo un recuerdo. Con la habilidad y los conocimientos de Jocnou, se había fabricado un par de lanzas, un arco y flechas. Por su parte, Llum había comprobado que su cuerpo se había ido moldeando, ya se parecía más al cuerpo que tuviera su madre. No vivía asustada. La presencia siempre cercana de Jocnou le hacía soltar risitas incontenidas y le gastaba pequeñas bromas que ni se planteaba antes de llevarlas a cabo. Era como si pretendiera que el hombre siempre fuera consciente de que ella andaba cerca. Sentía

deseos incontenibles de estar junto al hombre que había llegado a sus vidas brindándoles protección.

Hacía calor y Jocnou llevaba el torso desnudo. Llum no supo por qué, pero traviesa le estiró del vello que él tenía abundante en el amplio torso. Jocnou no protestó, paso su mano por detrás de la cintura femenina y la atrajo hacia sí, Llum tampoco protestó. Jocnou movió sus manos, sus brazos y Llum se vio suspendida en el aire, sostenida por los brazos del hombre que caminó hacia donde la vegetación comenzaba a espesarse más. La depositó sobre la hierba y sin decir palabra, le quitó las prendas de pieles que la cubrían. Desnudó unos pechos muy jóvenes, muy duros, unos senos que prometían aumentar su volumen y forma.

Llum se dejó hacer, sus ojos brillaban, sabía que algo iba a sucederle. Dejó que los párpados cerraran sus ojos y notó las manos de él acariciando su cuerpo. Aquellos labios que guardaba entre las piernas comenzaron a temblarle. Abrió de nuevo los ojos al tiempo que su boca buscaba aire, ansiosa. El miembro viril que descubrió le pareció muy grande, pero antes de plantearse nada, Jocnou que le acariciaba los labios bulbares, apoyó su glande donde deseaba y empujó despacio, pero con fuerza. Aflojó por unos instantes para luego arremeter como un ariete. Todo el cuerpo de Llum se sacudió y recibió las embestidas que su bajo vientre ansiaba. Semejó recibir un río de lava candente hasta que sus oídos semejaron tronar por los rugidos que Jocnou dejó escapar. Luego, notó que el hombre dejaba de cabalgarla y se hacía a un lado. Giró su mirada y descubrió a Nano de pie cerca de ellos, los miraba con los ojos muy abiertos.

Jocnou también descubrió al joven que seguía en pie como asombrado, desconcertado.

—¿Qué ocurre, Nano?

El joven, interpelado con naturalidad, no mostró sorpresa por la desnudez de ambos.

—¡Lo he visto, lo he visto! – repitió en su lenguaje primario. Al igual que el de su hermana, estaba muy lejos del que ofrecía Jocnou.

Medio sonriendo, éste preguntó:

—¿Qué has visto?

—Al demonio —respondió Nano sin dejar de mirar a su hermana que seguía tendida sobre la hierba.

Con el ceño fruncido, Jocnou se levantó de un salto. Se calzó los pantalones y cogió a Nano por el hombro. Con un movimiento brusco le hizo girar y el joven dejó de estar encarado con Llum.

—¿Sabrás encontrar el sitio donde lo has visto?

Nano asintió con la cabeza. Mientras era conducido hacia un grupo rocoso, Jocnou puso al descubierto una bolsa-saco estrecha y alargada cubierta con una lonilla de camuflaje similar a las ropas que vestía. Nano no entendía nada,

observaba con mucha curiosidad. Una vez abierta la bolsa, Jocnou extrajo un fusil con mira telescópica, lo manipuló y puso cinco cartuchos en el cargador. En la bolsa había más armas, todo era extraño y desconocido para el muchacho.

—¡Vamos! —le ordenó imperativo—. Llévame adonde lo has visto.

Dejaron a Llum en aquel lugar donde habían establecido su campamento desde la caída del último invierno. Jocnou, siempre vigilante, no se fiaba de la tranquilidad de los lugares que parecían más cómodos y asequibles para encontrar comida y eso siempre ocurría cerca de un río o riachuelo. Nano se mostraba nervioso, miraba en todas direcciones, impaciente.

Por su parte, Jocnou se había sentado entre unas palmáceas con el rifle entre las piernas, dispuesto a esperar, no dudaba de las palabras de Nano. El trompeteo de la gran águila les llamó la atención, les puso en guardia, el ave rapaz volaba rápida y en descenso. Jocnou dejó lista la bala en la recámara del rifle, Nano opinó que el águila no era el demonio. De súbito, apareció un rayo rectilíneo de color rojo fuerte y el águila se inflamó, lanzó su último trompeteo y cayó a plomo con las plumas encendidas.

Jocnou se había puesto en pie. Se colocó bien el rifle apoyando la culata en su hombro con seguridad. A través de la mira telescópica, buscó su objetivo. Sonrió al descubrirlo, estaba lejos. El águila, con su mirada tan aguda, lo había descubierto antes que él. Pulsó el gatillo y el estampido hizo vacilar a Nano que jamás antes había oído disparos ni nada que pudiera parecérsele.

Jocnou vio caer al extraño volador.

—¡Le he dado! —exclamó satisfecho—. Vamos a buscarlo.

Corrió por entre aquella pequeña selva de plantas semiacuáticas. Nano, excitado, le siguió a la carrera. Llegó un momento en que Jocnou se detuvo y Nano hizo lo propio, ambos comenzaron a buscar hasta que el muchacho exclamó:

—¡Aquí, aquí!

Señaló entre las plantas que no habían llegado a amortiguar la caída del desconocido artefacto.

—Es un dron —masculló Jocnou.

—¿Un qué? —preguntó Nano desconcertado.

—Tú le llamas demonio, otros también lo nominan así. Veamos qué podemos sacar de él.

Nano no entendía nada. Para el joven, Jocnou se estaba convirtiendo en un dios o cuando menos, en un semidiós, sabía tantas cosas que él ignoraba. Ni siquiera sabía de donde había llegado el propio Jocnou. Había otros hombres y mujeres dispersos por bosques y selvas, pero eran tan pocos que resultaba difícil tropezarse con ellos, solo lo conseguían cuando encontraban algún rastro o resto de campamento. Eran trashumantes, no pasaban muchas lunas en el mismo lugar. Jocnou era distinto a todos los hombres que le habían

descrito sus padres.

Jocnou rebuscó entre el dron, destrozado más por caer a plomo que por el propio balazo recibido. Consiguió extraer la batería, muy plana, apenas de un dedo de grosor. Muy brillante por sus dos caras, reflejaba de manera muy visible la luz del sol.

Jocnou puso su mano sobre el hombro del muchacho, como para retenerlo frente a él y que ambos pudieran mirarse muy fijamente a los ojos.

—Nano, haz un esfuerzo, es posible que muchas de mis palabras no las entiendas, pero escúchame. Lo que has visto que hacía con tu hermana, tú también lo harás, ¿me comprendes? —Nano seguía mirándole fijo casi sin parpadear y sin hacer ningún movimiento con la cabeza, ni asintiendo ni negando—. Lo harás, pero nunca, nunca con tu hermana.

—¿Por qué?

—Por lo que has visto entre Llum y yo, es muy posible que tu hermana tenga un hijo, un bebé, será uno más como nosotros en bosques y selvas, uno más. ¿Me entiendes?

—Sí, sé que hay niños pequeños, no los he visto nunca, es como los animales.

—Muy bien, Nano. Cuidarás de tu hermana, algún día puede que ya no esté con vosotros.

—Marchar con… —señaló el rifle que Jocnou sostenía con su diestra.

—Creo que ya te estoy hablando demasiado y no sé si me llegas a comprender del todo. Si me voy, será porque así lo desean los "demonios".

Cuando se encontraron con Llum, ésta ya se había vestido con sus pieles. Jocnou fue hacia la bolsa dentro de la cual mantuviera protegido su rifle, un arma de fuego que en nada encajaba con el mundo de los cavernícolas. De ella extrajo un gran cuchillo "Bowie" de hoja muy brillante, afilada, y lomo grueso y resistente. La empuñadura era de hueso, aunque hubiera sido muy difícil saber de qué especie animal.

—Nano, úsalo con cuidado. Los seres humanos somos pocos y podemos desaparecer como especie, aunque lo dudo, yo ya he visto seres que parece que nadie más ha visto. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

El joven negó con la cabeza, sus ojos estaban ocupados examinando el cuchillo que acababan de regalarle. No había visto nada igual en su joven vida, ni siquiera había llegado a imaginar que pudiera existir un cuchillo como aquél.

Tomó el arma con sus dos manos con los ojos muy abiertos, ojos que buscaron los de Jocnou como para preguntarle si aquel regalo ciertamente era para él. Jocnou asintió con la cabeza mientras insistía:

—Úsalo con cuidado, los humanos corremos el riesgo de desaparecer como especie. Seres desconocidos que dominan los demonios nos eliminan, no sabemos por qué, y tenemos la obligación de aumentar el número de

humanos como nosotros. Haré todo lo posible para que Llum tenga hijos, y además será un placer para mí, espero que para tu hermana también.

El joven, que sólo tenía ojos para aquel cuchillo que acababa de recibir, negó con la cabeza.

—Está bien, recojamos nuestras cosas y volvamos a ponernos en marcha, saben que estamos aquí.

—¿Tú has caído al demonio? —preguntó Llum

—Sí, pero no sabemos cuántos más hay volando, vámonos.

Capítulo IV

El riachuelo discurría rumoroso, resultaba agradable sentarse cerca y escucharlo. El agua rozaba el fondo pedregoso por donde se deslizaban peces de diferentes tamaños, quizás buscándose unos a otros. Llum apareció caminado con dificultad, se la veía desmejorada, su vientre era muy abultado. El avance de su embarazo advertía que no le faltaba mucho tiempo para alumbrar la criatura que llevaba dentro.

—Jocnou, me voy a descansar.

—¿Te encuentras muy mal?

—No, no, ya se pasará, quiero tenderme y dormir un poco. ¿Y Nano?

—Se ha ido de caza, está harto de comer peces —sonrió.

Llum, caminando con cierta dificultad, fue a refugiarse dentro de la tienda cónica hecha con pieles. El hombre quedó sólo, pensativo. Reflexionaba, no se hallaba satisfecho y como para ayudarle a esclarecer su mente, se dejó oír una voz femenina, muy bien timbrada.

—¿Qué piensas hacer ahora, Jocnou?

Levantó la cabeza y las descubrió. No era una mujer, eran dos y estaban separadas una de la otra. Parpadeó incrédulo, el sol no le cegaba y estaba seguro de hallarse bien despierto. Una era pelirroja y la otra, tenía los cabellos azul celeste. No parecían de la misma especie que Llum o las otras mujeres que pudiera encontrar por selvas y bosques. Estilizadas, vestían ajustados monos como si fueran una segunda piel, marcando sus formas. Una de ellas vestía de color azul claro y la otra, un rojo suave. Dos mujeres hermosas, impensables de ser encontradas por hombres como Jocnou, pero al tiempo parecían muy frías, muy dueñas de sí.

—¿Quiénes sois?

La pelirroja dio unos pequeños pasos, sin intención alguna de acercarse al hombre.

—Yo soy Helianna y ella es Galatea.

—¿Sois ángeles o demonios? —preguntó Jocnou con voz algo ronca

Galatea, sin dejar de sonreír, con aires de suficiencia preguntó:

—¿Qué sabes tú de ángeles y demonios?

—Demonios son esos aparatos que vuelan, que no son pájaros y que matan y no para comer.

—Si dices que esos aparatos que vuelan y que no son animales para ti son demonios, dinos ¿qué seremos nosotras?

Se puso en pie y avanzó unos pasos hacia ellas que no se movieron. Él

había llegado a intuir que ambas retrocederían ante su avance, era mucho más fuerte que las dos mujeres y su aspecto sucio y desgreñado podía añadirle aspecto de mayor agresividad.

—Ya os he visto en otra ocasión.

—¿Estás seguro? —preguntó Galatea, desafiante.

—Tuve una pesadilla muy extraña en el que dos mujeres bellísimas, mujeres que no podré encontrar jamás por más que ande por selvas y bosques, hicieron conmigo lo que quisieron y yo no sabía cómo defenderme.

—¿Querías defenderte? —preguntó Galatea burlona.

—Recuerdo que había encontrado a una chica en la selva — comenzó a decir Jocnou.

—Y querías copular con ella, quiero decir que querías follártela como has hecho con Llum.

—¿Cómo sabéis que se llama Llum?

—¿Te das cuenta, Helianna? Chico listo.

—Por eso hemos venido a hacerle una visita, porque es un chico listo… – Se rio, provocativa, su compañera la imitó.

—Lo cierto es que estoy confundido, creo que la cubrí como ella deseaba, como solemos hacer los hombres cuando nos encontramos a una mujer.

Más seria, Galatea opinó:

—Vaya con el machito, todo poder.

—Ella quería lo mismo —se defendió Jocnou—, pero no estoy seguro de nada, vosotras estabais allí. Luego fui introducido en una extraña máquina que se movía y movía, y llovía… Más tarde desperté en el nido del águila. ¿Qué tenéis que ver vosotras con todo ello?

Helianna se aventuró a observarle:

—¿Eres consciente de qué hablas, de que te expresas muy bien?

Jocnou intuyó que se estaba moviendo por terreno pantanoso y que la ciénaga podía engullirle.

—Todos los hombres no hablamos igual, en ocasiones ni nos entendemos.

—Jocnou —comenzó a decirle Galatea—, no das la impresión de ser como los demás. Nos gustaría saber quién te ha enseñado tanto y de dónde has sacado el fusil que tienes.

Sacudió la cabeza como si intentara librarse de alguna pesadilla y volvió a mirarlas empequeñeciendo sus ojos en actitud de alerta.

—¿Qué es lo que tratáis de averiguar sobre mí, por qué ese interés? ¿De dónde venís? Los demonios son aparatos que vosotras dominái, ¿verdad?

Se pudo oír un grito que casi parecía un gemido brutal y Galatea le indicó:

—Tu hembra está pariendo, llega un nuevo cavernícola. Es eso lo que querías, ¿verdad?

Cuando se volvió hacia la tienda de pieles donde Llum gritaba, ahora en tono más bajo, supo que precisaba ayuda. Quiso decirles algo a Galatea y

Helianna, pero habían desaparecido como disueltas en el aire. El riachuelo seguiría rumoroso mientras una nueva vida llegaba.

Jocnou ya no lo dudó, acudió junto a Llum y la encontró a cuatro patas como una gata. El niño ya colgaba en el aire entrando en la vida. Su padre, según las extrañas mujeres que aparecían y desaparecían sin que él pudiera explicase cómo, era un hombre extraño y ellas querían saber por qué.

CAPÍTULO V

Moría el día cuando arribaron al valle de la oscuridad, ¿por qué se llamaba así? Era un valle angosto rodeado de farallones y detrás de éstos se adivinaban más que veían altos picachos que casi siempre estaban blancos por la nieve que nunca los desnudaba. Como una gigantesca espada brillante, un río estrecho que se adivinaba profundo lo partía por la mitad. Resultaba muy difícil y peligroso pasar de una orilla a la otra, las aguas eran rápidas y como no parecían rozar con ningún obstáculo, resultaban traidoramente silenciosas, una trampa mortal.

Jocnou, Nano y Llum que transportaba su niño a la espalda sujeto por finas pero resistentes pieles, pudieron ver pequeñas hogueras a un lado y a otro del río Negro, así le llamaban porque su profundidad no traslucía más que oscuridad. Quienes por allí pasaban le temían y la mayoría de cuantos allí acudían, no lo cruzaban jamás. Rio Negro se había tragado a no pocos que se habían descuidado en sus orillas.

—Buscaremos acomodo por aquí, cada hoguera es una familia, un campamento. Sed amables con todos, pero, sin demostrarlo, sed también desconfiados, estad alerta.

Se acercaron a una de las fogatas, cerca de ella había chozas en círculo que se beneficiaban de su calor y de la luz oscilante de sus llamas.

—Hola amigos, soy Jocnou, y ellos son mi familia, buscó a los justinianos. ¿Andan por aquí?

Varios hombres y mujeres que se hallaban cerca de su fogata comiendo, se los quedaron mirando. Uno de ellos se encaró con los recién llegados.

—Jocnou…Jocnou.. oír hablar de ti mucho —no tenía un dominio de la palabra semejante al propio Jocnou.

Nano los observaba con los ojos muy abiertos y Llum, instintivamente, se acercó más a Jocnou.

—No os preocupéis, amigos, ya encontraré al viejo Justiniano.

Como que hicieran intención de seguir caminando para alejarse de aquella familia, el patriarca de aquel pequeño grupo dijo:

—La mujer, la mujer quedarse, nosotros dar de comer, niño también.

Llum sintió como si un vacío invadiera el interior de su pecho.

—Gracias, gracias, no nos falta comida. Nano —señaló al muchacho—, es muy buen cazador.

Llum tragó saliva, aquel hombre le inspiró temor y rechazo. Nano se sintió orgulloso de las palabras de Jocnou, no lo había dejado como si fuera un

chico.

Al encontrarse con otra familia, uno de los hombres señaló al otro lado del río Negro y dijo:

—Justiniano allí.

—Bien —aceptó Jocnou—. ¿Podemos pasar la noche con vosotros?

Asintieron. Jocnou repartió parte de la comida que transportaba Nano y todos quedaron amigos. Llum se estiró sobre la tierra, muy pegada a Jocnou, y entre ambos quedó el pequeño. Nano sonreía a todos hasta que se fijó en una de las chicas a la que obsequió con sonrisa más amplia, recordando las palabras que un día, tiempo atrás, le dijera Jocnou. "Algún día encontrarás a una mujer como Llum y si ella quiere, harás lo mismo que nos has visto hacer a Llum y a mí, es lo natural".

Antes de que llegara la amanecida, los ojos de Jocnou y Llum se encontraron. El bebé dormía apaciblemente entre ambos.

—Escúchame, Llum —ella no dijo nada, seguía con sus ojos clavados en el hombre—. Yo no voy a estar siempre contigo, no sé si mañana, pasado o dentro de tres lunas, habré marchado. Será bueno que escojas a otro hombre, una familia donde pueda crecer tu hijo, nuestro hijo.

La mano femenina intentó sujetar al hombre como si fuera a perderlo en aquel momento.

—Yo quiero a ti —musitó.

—Lo sé, yo también te quiero —le susurró muy cerca del rostro—, pero yo tengo que seguir caminando, Nano estará cerca de ti. Debo hacer algo que no podría hacer si siempre estoy contigo.

—¿Matar demonios?

A la pregunta de ella, Jocnou sonrió.

—Duerme.

Comenzaba a amanecer cuando Jocnou empujaba las gruesas ramas de un árbol caído. Sin descuidar su bolsa, se introdujo en el río, las aguas estaban muy frías. Se preocupaba de mover las gruesas ramas que le ayudaban a mantenerse a flote, al tiempo que las desviaba hacía la orilla opuesta. No resultaba fácil, las aguas bajaban rápidas, pero deslizándose en oblicuo terminó por llegar a la orilla opuesta. Allí, agotado, se dejó caer boca arriba para recuperarse. No había perdido la bolsa con sus armas, aquella bolsa que de cuando en cuando escondía entre matorrales u oquedades de rocas o tierra y aunque pasaran semanas, siempre conseguía recuperarla. Su sentido de la orientación no le fallaba y a nadie le contaba como conseguía recordar cada lugar, cada escondrijo. Cuando se sintió mejor, comenzó a caminar sin perder de vista la orilla. En cierto modo retrocedía para deshacer la distancia que las aguas rápidas le habían obligado a recorrer río abajo.

—¡Justiniano, Justiniano! —llamó alzando la voz.

—¿Jocnou, eres tú?

Al encontrarse, se abrazaron. Justiniano era un hombre mayor que Jocnou, su barba tenía muchas hebras blancas. Le acercó al campamento de su familia que entre hombres y mujeres componían ocho adultos, más algunas criaturas que jugaban entre ellas.

—¿Qué haces por aquí, Jocnou?

—Quiero consultar con Xaman.

—Xaman, Xaman, dicen que sigue viviendo arriba entre las piedras olvidadas.

Jocnou buscó con la mirada la línea alta donde el perfil de los farallones separaba la tierra del cielo. Allí había piedras, muros medio derruidos que parecían proclamar que en tiempos remotos hubo una fortaleza o algo similar y que los hombres de los bosques y cavernas temían. A la luz, al calor de las hogueras, se contaba que quienes partían hacia aquel lugar, ya no se les volvía a ver, que un gran dragón o bestia horrible que se agazapaba entre las ruinas terminaba devorándoles.

Comió con Justiniano y su familia, no faltaba la carne ni frutos del bosque que las mujeres recogían.

—Justiniano, no he venido sólo.

Tumbado sobre la hierba, el patriarca de aquella familia preguntó.

—¿Mujer?

—Sí, mujer con niño muy pequeño. Si yo no vuelvo —señaló hacia lo alto —, sería bueno que cuidaras de ella y del niño. Durante unos días, su hermano cuidará de ella, pero luego la acecharán, es ley de la naturaleza.

—¿Quieres que la vayamos a buscar?

—Así es, Justiniano, me gustaría que estuviera contigo, con tu familia.

—Tú no preocuparte, tenemos pequeña balsa para cruzar río.

—Lo imaginaba.

Partió sin descuidar la bolsa con el arma, un fusil que sólo había visto Nano, los demás hombres de los bosques no entenderían su poder destructivo. A lo largo de las estaciones del año, lo escondía y lo recuperaba después, su instinto sabía siempre localizar el escondite. Sólo el día que él muriera, el arma quedaría olvidada en alguna parte y con el paso del tiempo, el calor, las lluvias y la nieve, terminaría convertida en un objeto inútil.

Trepó por la pared buscando caminos imposibles, caminos que Jocnou creaba, caminos de apenas un palmo de anchura donde el pie podía fallar en cualquier instante y la barranca parecía infinita bordeando el río Negro, pequeños salientes que podían conducir al abismo, a la muerte siempre acechante bajo los pies. Llum creería que la había abandonado, pero Jocnou no quería exponerla a despeñarse. Si él no volvía, otro hombre se aparejaría con ella y seguiría su vida, así era la existencia de los bosquimanos que vivían en familias reducidas. Todos sabían que cuando un grupo de humanos se tornaba más numeroso, los demonios del cielo enviaban sus rayos rojos de

muerte y el grupo quedaba muy mermado, los dioses malignos no permitían tribus como tales, a lo sumo familias que no sobrepasaran la docena de individuos.

Llegó a lo alto, dejando abajo, muy abajo el abismo del río como una serpiente negra que recorría el cañón. Bloques de piedra grandes y pesados aparecían desperdigados por la tierra plana, allí no habían crecido los árboles y era fácil encontrarse con huecos, pozos o simas donde precipitarse al andar por allí en la noche. Lo que buscaba con tanto interés, terminó por encontrarlo: Una entrada hacia los subterráneos, hacia la oscuridad. Los peldaños apenas podían considerarse como tales; el tiempo, las lluvias y el viento en ocasiones huracanado, arrastraban piedras que erosionaban las otras piedras labradas en su día por hombres olvidados.

Se internó en galerías subterráneas, alguna de ellas tenía luz, una luz que se filtraba por techos agrietados. Sin vacilar, descendió por otras escalinatas pétreas hasta llegar a una sala octogonal en penumbra, sólo una débil claridad se filtraba por la parte alta de una pared, casi rozando con la bóveda. No había ninguna salida, cabría retornar por donde había llegado; sin embargo, descubrió una abertura en forma de arco que apenas tenía un palmo de alto por encima del agua estancada.

Se introdujo en el estanque y nadó hacia la abertura por donde nadie más hubiera deseado pasar. Se filtró por ella, pues bajo el nivel del agua la abertura era una puerta de galería sumergida. Nadó en la oscuridad. De trecho en trecho subía su cabeza hasta colocar la boca fuera del agua, de este modo conseguía respirar aire, húmedo y maloliente. Era como descender a los infiernos a través de una inmunda y olvidada charca. A medida que avanzaba por la galería, el nivel del agua descendía hasta que pudo caminar de pie. Y creyó oír una voz grave, tan grave que evidenciaba que quien hablaba carecía de fuerzas para elevarla.

—Sigue adelante, Jocnou, sigue caminando y me encontrarás.

La voz se expandía con infinitos ecos por las galerías que parecían un laberinto sin salida. Un primer candil de mecha, alimentada por grasa animal, le marcó el camino. Siguieron otros hasta que llegó a una sala muy amplia iluminada por varios candiles. En el centro había un kline pétreo cubierto de pieles de distintos animales y sobre el kline, estaba él.

—¿Xaman?

Se encaró respetuosamente ante aquel ser de las tinieblas, de las profundidades. Sus ojos fueron como un imán, ojos turbios, casi vidriosos en color azul celeste; sin embargo, al enfrentarte a ellos, se tenía la impresión de que veían más allá de donde podían ver unos ojos humanos.

—Ya no te acuerdas de mí, Jocnou —le dijo con una sonrisa tenue.

—Sé que me trajeron aquí y a otros lugares parecidos cuando era muy niño —confesó con sinceridad.

Xaman, que vestía un sayo con cogulla, resultaba un perfecto misterio. Imposible calcular su edad, podía decirse que tenía la edad de la eternidad. Tampoco era posible determinar si se trataba de un hombre o una mujer, de un brujo o una maga dotada de poderes inimaginables que, sin embargo, se escondía en la oscuridad, bajo tierra, por temor. ¿A qué tenía miedo?

—Jocnou, eres un elegido, no eres como los demás hombres de las cavernas, estás destinado a… —Cerró los labios para no seguir contando lo que Jocnou deseaba oír.

—Algunas cosas sobre mí mismo las entiendo, Xaman, pero todas no.

—¿Y esperas que yo te las cuente? —Rio débilmente como jugando con un niño.

Jocnou sabía que Xaman tenía poderes, muchos poderes, pero quizás no todos los que hubiera deseado. Veía sin ver, oía sin oír, aunque hubiera bosques y ríos entremedio. Los poderes de su mente debían de ser muchos y diversos, pero sus fuerzas físicas ya podrían considerarse mínimas. Por varias de las galerías o túneles que allí concluían aparecieron monos mandriles, de colmillos amenazantes. En sus manos portaban diversos tipos de frutos que fueron depositando sobre una mesa de piedra redonda que Xaman tenía junto al diván sobre el que descansaba.

—Anda Jocnou, come, reponte, aquí no llegan ellas.

—¿Ellas?

—Sí, ellas, andan por encima de las ruinas de la fortaleza, pero aquí no llegan y créeme que lo desean, será uno de los motivos por los que te vienen siguiendo.

—¿A mí, por qué? —preguntó mientras mordía frutos secos traídos por los mandriles que no mostraban hostilidad alguna. Jocnou intuyó que protegían a Xaman, era de suponer que sus mentes se entendían y protegían a aquel ser tan viejo e indefenso.

—Te vienen siguiendo, seguro que ya te has encontrado con ellas.

—Sí, las he visto, son muy diferentes a las otras mujeres que puedas encontrar en bosques o selvas.

—¿Cómo Llum?

—¿Cómo sabes de ella?

—Jocnou, yo sé muchas cosas. Una: que tú eres diferente a tus semejantes; dos, que te vienen siguiendo, pero no pueden llegar hasta aquí, y tres, que son las Hijas de Diana. Quieren saber por qué eres diferente.

—Tengo que contarte que esas mujeres a las que llamas Hijas de Diana me capturaron, pero luego me soltaron en el nido de la gran águila.

—Si ellas te quieren, ¿por qué te soltaron?

Mientras seguía comiendo, ahora unas manzanas, admitió:

—Lo cierto es que lo ignoro, tienen poderes y no sé cómo enfrentarme a ellas,

—No la podrás dominar nunca, ellas son las Hijas de Diana.

—Sí, sí, ya me lo has dicho, son las Hijas de Diana, pero ¿dónde se esconden?

—Eso no lo sabe nadie, te las puedes encontrar aquí, allá o donde menos lo esperes, son como fantasmas. Llevamos muchas generaciones tras sus misterios y seguimos sin descifrarlos. Tú eres especial, a ti te siguen, por eso mismo has sido preparado. ¿Para qué haces preguntas que todavía no tienen respuesta? —Apartó a un poderoso mandril macho que parecía interesado en molestar a Jocnou—. Hubiera deseado que, en el futuro, tú fueras yo.

—¿Yo fuera tú? No entiendo nada —confesó Jocnou.

—Eres impaciente, pensé en ti cuando eras niño, cuando te seleccionaron. Yo fui tu mentor en otro lugar, pero ahora, todo ha cambiado.

—Me vuelves loco, Xaman, creí que en ti encontraría…

—¿El qué? —preguntó con su voz tan ronca, una voz apagada, como si no recibiera suficiente fuerza de sus escuálidos pulmones. Mientras, los mandriles iban de aquí para allá, más tranquilos. Era evidente que aquel humano no resultaba una amenaza para Xaman.

—No sé, busco una solución, una verdad, en realidad no sé qué busco, estoy como perdido en un laberinto.

—Lo sé, Jocnou, lo sé, ya te he dicho y tú también lo sabes, que eres distinto. No eres un hombre más de las cavernas, hombres que temen a los demonios y obedecen a las hijas de Diana. Solo, nada podrás contra ellas, creo que la única solución es averiguar lo qué ellas quieren de ti.

—Solo tengo un fusil.

—Los seres de las cavernas no saben qué es un fusil, tú lo posees y además sabes usarlo. Para los hombres de las cavernas, de los bosques y las selvas, eres como un dios. No has de dejar que te tomen por tal, pero tú tienes algo que los demás no poseen.

Intrigado se le acercó más para escucharle con claridad.

—¿Y qué es?

—Cultura.

—Palabra extraña, no da de comer.

—Pero sí da poder, Jocnou, quizás las Hijas de Diana querrán saber por qué no eres ignorante como los demás.

—¿Es todo lo que me puedes decir?

—Que te siguen lo sabes, pero ¿cómo te siguen, te lo has preguntado? —Se rio levemente, casi sin fuerzas antes de seguir hablando—. Seguro que no dejas huellas, que te escondes, pero ellas te encuentran siempre. No las temas, no quieren matarte, de desearlo ya estarías muerto por muy fuerte que seas. Ellas son muy inteligentes, no se las puede capturar. Me has dicho que a ti sí te capturaron.

—Así es —asintió Jocnou.

—Cabe deducir que tu llevas algo de ellas que les permite seguirte.

—No me dieron nada.

Sonriendo, si es que podía identificarse una sonrisa en aquel rostro tan avejentado, inquirió:

—¿Y lo que cubre tu cuerpo? Nadie más lleva algo semejante.

Se palmeó la frente, sorprendido.

—Cierto. ¿Cómo pueden seguirme por la ropa que visto?

—Ya te he dicho que son muy inteligentes, tienen una cultura que los hombres de bosques y selvas no conocen. Tú sí posees algo de esa cultura y ellas deben querer saber dónde la has conseguido.

—¿Y tú, Xaman?

—Lo que yo sé, viene de reencarnaciones de muchas generaciones. Por otra parte, unos humanos tienen poderes mentales y otros no.

—¿Esa es la base de tu sabiduría? —Sin esperar respuesta, se quitó las ropas que le cubrían hasta llegar a la desnudez total.

—Arroja tus ropas a los monos.

Así lo hizo Jocnou. Los mandriles se pelearon por pantalones y guerrera. Uno de ellos se calzó los pantalones y el otro se puso la guerrera, brincaron contentos y corrieron hacia las entradas de las galerías que allí confluían.

—Vaya, se han vestido.

—Los monos son muy miméticos, y no te preocupes, ellos conocen todas las grietas, todas las salidas de este laberinto

—Si están siguiendo las ropas, ahora irán tras ellos.

—Así es, y les va a molestar mucho.

—¿Qué más puedes decirme, Xaman?

—Que será el triunfo de las Hijas de Diana si descubren lo que quieren saber de ti, y lo han de conseguir sin destruirte, pero aniquilarán todo aquello que se halle en tu entorno si lo creen necesario, por ello no has de volver a ver a Llum ni al hijo.

Capítulo VI

Desnudo como un animal, durmió de día y anduvo de noche aprovechando la luz lunar. Cuando la luna no se dejaba ver se escondía para no ser sorprendido por algún animal carnicero de los bosques altos y húmedos. Sus conocimientos estaban muy por encima de los que podían considerarse bosquimanos cavernícolas, pero como éstos, sabía subsistir, buscarse la vida y defenderse de las bestias. Tenía lanzas de madera con punta endurecida por el calor de una fogata, sabía romper piedras para lograr cantos cortantes y con ellas conseguía la carne de sus piezas cazadas.

Temía que los demonios voladores de las Hijas de Diana le descubrieran, pero tenía que reconocerse así mismo que deseaba volver a encontrarse con aquellas mujeres tan distintas a las mujeres de bosques y selvas. No podía evitar desear poseerlas; sin embargo, le parecían frías y distantes pese a sus risas, a sus burlas, a su extraña belleza y formas de vestir. Eran como mujeres surgidas de sueños o quizás de pesadillas.

Al fin, no supo cuantos días había empleado, ya con los pies encallecidos y protegidos con pieles burdamente curtidas con humo, llegó al valle donde las rocas ululaban, el valle al que nadie quería acercarse porque allí debían morar los demonios del inframundo. A lo lejos divisó la montaña negra que no terminaba en cúspide sino en amplia terraza donde debían danzar los espíritus de los xamanes muertos.

Debía esperar a la noche de plenilunio para acercarse a la entrada del Santuario, lugar ignorado y secreto para los habitantes de bosques y selvas. Jocnou se dejaba guiar por una voz que no parecía humana y que se expandía dentro de su mente como en espirales.

En la ladera norte, un robledal nacía entre rocas de distintos tamaños y formas, como si en tiempos lejanos se hubiera producido allí un alud de piedras, barriéndolo todo a su paso. El tiempo, la naturaleza, lo mismo podía convertir una selva en un erial que transformar un lugar rocoso en un bosque aparentemente espeso, los árboles debían de extender sus raíces por debajo de las piedras hasta hallar tierra fértil que les nutriese.

Se internó por una de las grietas, caminó entre y debajo de grandes rocas hasta que encontró un corredor no natural, aquello había sido hecho por manos humanas. Caminó a tiendas, pasó junto a muchas puertas, unas abiertas, otras cerradas y no pocas destrozadas. Como si una mente dominante le guiara, avanzó seguro, sin temor. Subió y bajo escaleras de hierro que gimieron bajo su peso, todo allí era viejo y oxidado. Jocnou, desnudo y

llevando consigo la vara-lanza, arribó a un amplio espacio o sala donde súbitamente se hizo la luz. Quedó cegado, se cubrió los ojos con el antebrazo justo en el momento en que una voz con eco le llamó por su nombre.

—Jocnou, acércate, eres el llamado.

Avanzó tal como se le exigía, con los ojos ya acostumbrados a la luz artificial. No eran antorchas, no eran llamas, era una luz fría que le permitió descubrir que, sobre una tarima cubierta con una alfombra, había un ser humano sentado.

—¡Xaman! No es posible, te dejé en las cuevas del valle de la Montaña de Plata.

—Muchas de tus preguntas, no obtendrán respuesta, sólo ellas las tienen.

—¿Ellas? —Se acercó más a Xaman. Seguía sin tener la certeza de si era un hombre o una mujer, pero era el "Sabio", el que le estaba diciendo allí, en aquel lugar tan extraño, que no podía dar todas las respuestas.

Con su voz lenta y quejumbrosa, Xaman le fue diciendo:

—Sólo la Madre Diana y sus hijas podrán despejar tu ignorancia.

—¿Por qué habrían de contarme lo que se callan y que nadie sabe, ni siquiera tú?

—Porque la Madre Diana y sus hijas quieren que les descubras lo que crees ignorar y que, sin embargo, sabes, sin ser consciente de ello.

—Lo que me dices es una locura.

—Quizás la génesis si fue una locura.

—¿Cómo puedo averiguar lo que deseáis, si no sé lo que he de encontrar o saber?

—Lo irás descubriendo, pero cuidarás que tu lengua no se alargue demasiado. Cuando las Hijas de Diana consigan lo que buscan, tú dejarás de ser su objeto de deseo y será tu fin tal cual eres ahora.

—¿Me quemarán con sus demonios voladores?

—Antes de ti, ha habido otros.

—¿Cómo yo?

—Sí.

—¿Murieron?

—No lo sabemos, desaparecieron.

Jocnou caminó en círculos delante de aquel personaje que comenzaba a dudar fuera el mismo que había encontrado en las ruinas del valle de la Montaña de Plata. Le martilleaba la cabeza la ansiedad de hallar respuestas a no sabía qué preguntas.

—Jocnou, debes saber que este lugar en el que te encuentras ahora es tu refugio, tu único refugio. Fuera de aquí eres vulnerable.

Se detuvo, se encaró con la sabiduría hecha carne, al menos así lo creía él, y preguntó:

—¿Por qué es seguro este lugar?

—Tengo la certeza de que ellas lo desconocen, se ha mantenido en secreto durante generaciones.

—¿Cuántas generaciones?

—El número se pierde en la noche de los tiempos, perdimos la memoria, es como si las Hijas de Diana se hubieran apoderado de la memoria y sin memoria, somos como otras bestias que pululan por bosques y selvas.

Preocupado, frunciendo el ceño, Jocnou preguntó:

—¿Acaso tú eres eterno? Entiendo que has vivido desde la noche de los tiempos.

—No, no soy eterno, he sucedido a otros seres iguales a mí para conservar la búsqueda de la memoria.

—Difícil de entender, y ¿quién está detrás de todo esto?

—El espíritu de la memoria.

—¿Y quién es ese?

—Nadie.

—Me estás liando, ni siquiera sé por qué he llegado hasta aquí.

—No eres el único que retorna a su lugar de nacimiento.

—¿Nací aquí?

—Así es, por ello has podido regresar, y desgraciadamente podrías ser el último en conseguirlo con todos tus dones.

—¿Cuáles son mis dones?

—Los irás conociendo a medida que los necesites —le concretó con su voz tan oscura que ya resultaba difícil entenderle. Era como si fueran piedras rozándose unas contra otras las que hablaran.

Sorprendiéndole, las luces se apagaron, quedó inmerso en una total oscuridad, no era la oscuridad de la noche en los bosques o selvas, era como la ceguera propia de alguien al que han arrancado los ojos. Quedó desorientado, no había esperado la oscuridad total.

—Xaman, ¿tú ves algo? —Repitió la pregunta y sólo le respondió el eco que rebotaba en paredes vacías. Era como si a Xaman se lo hubiera tragado la tierra misma. Ansiaba preguntarle más y más cosas para hallar unas respuestas que a ninguno de aquellos hombres de las cavernas que había conocido le interesarían.

Comenzó a dar pasos de ciego, en direcciones distintas, buscando puntos de referencia para poder orientarse. Ya dudaba si había estado conversando o no con el sabio Xaman, y también dudaba que fuera el mismo ser con el que había conversado en el valle de la montaña de Plata, aquel sabio al que cuidaban y protegían los inquietos y peligrosos mandriles. Mantenía la conciencia de que la sala era grande, por ello no dudó en desplazarse por ella hasta que encontró una puerta o túnel para salir al exterior.

Tenía la impresión de que Xaman le había dado a entender que aquellas extrañas cuevas, que en nada se parecían a otros lugares en que antes se

protegió, eran muy distintas, con una perfección que la naturaleza no ofrecía. A oscuras, avanzó por un corredor en donde se abrían puertas, puertas desconocidas. Tras ellas, habitáculos vacíos. Al seguir avanzando a ciegas no pudo prevenir la escalera que apareció ante él. Piso en falso escalón y cayó rodando hasta que pudo agarrarse a una baranda de madera y metal, una baranda que evitó que siguiera precipitándose, no sabía hasta donde, quizás hasta romperse el cráneo y quedar allí tendido para siempre sin que nadie se preocupara de buscarlo.

Se encendieron de nuevo luces, unas luces que Jocnou no entendía, sujetas en paredes le iluminaban y pudo seguir bajando la escalera. Al final de aquel nuevo corredor, una puerta comenzó a abrirse sola, despacio, muy despacio. Atrajo la atención de Jocnou que avanzó hacia ella terminando por descubrir una estancia más bien pequeña. Vio una mesa, una silla, algunos retratos colgados en las paredes, una litera y un armario que se cerraba con una cortina. Sobre la mesa, una especie de libro, Jocnou ignoraba lo que significaba "Cuaderno de Bitácora". Se fijó en los sencillos cuadros que mostraban fotografías en color, descoloridas, muy deterioradas por el paso del tiempo, también había muchos objetos desconocidos y enigmáticos para Jocnou. Los tomó entre sus manos, los movió, los agitó y terminó por dejarlos caer sobre la mesa, no creía poder sacar nada interesante de ellos. En las fotografías pudo distinguir una mujer y dos niños además de un hombre que vestía una indumentaria jamás vista por él con anterioridad. Jocnou ignoraba que aquel individuo vestía un traje de capitán de Marina de no sabía qué país, ya que desconocía también lo que podía significar un país como lugar determinado en un territorio, nada sabía de todo aquello y nada encontraba en su memoria que pudiera definirlo. El personaje de las fotografías no se parecía a los hombres cavernarios. Jocnou se sintió como un intermedio entre aquel desconocido, vestido de uniforme, y los hombres que descubriera en selvas o bosques, guareciéndose en chozas o cuevas.

Al descorrer la cortina del armario, descubrió ropa colgada. No le gustó el uniforme. Xaman le había sugerido que se vistiera, que se protegiera y al tiempo que se identificara como distinto a los demás.

Se probó varias indumentarias hasta que optó por un mono negro que se cerraba a sus muñecas, a su cuello y a sus tobillos sin limitar sus movimientos. Se ajustó un cinturón con correa cruzada por el hombro, tenía mosquetones para portar objetos y armas. Buscando en los cajones encontró un cuchillo militar de defensa y una pistola a la que le dio vueltas tratando de entenderla, su memoria sufría como fogonazos de recuerdos. Estaba seguro de que tenía conocimientos adquiridos en su niñez y adolescencia que no recordaba. Xaman le había advertido que debería ir descubriendo aquellos conocimientos que creía ignorar pero que terminaría por recordar y ¿por qué no desataba ya el libro de sus recuerdos, de su memoria? ¿Qué le había

ocurrido, lo averiguaría alguna vez? ¿Qué querían de él aquellas extrañas y bellísimas mujeres de cabellos rojos y azulados?

Sonó un estampido que le sobresaltó, la pistola seguía en su mano. Miró la pared y descubrió un orificio, entendió su significado.

Salió del habitáculo y caminó por corredores, subió y bajó escaleras metálicas, siempre había algún aplique luminoso que le guiaba. No se preguntó cómo se mantenían encendidas aquellas luces fantasmagóricas. Una puerta de madera le cortó el paso, como si hubiera llegado al final del recorrido.

"Biblioteca", era el rótulo que acababa de leer. Frunció el ceño, aquella palabra le decía algo, bailó dentro de su mente y se repitió con un eco profundo, tuvo la sensación de aquella palabra tenía mucho que ver con el pasado que no recordaba; por no recordar, ni siquiera se planteaba que tenía un pasado, un tiempo lejano que alguna niebla desconocida había engullido. Quiso abrir la puerta, pero se le resistió. Hizo intención de cargar contra ella con su hombro, con su peso, con su embestida, pero se contuvo. Él sabía leer, interpretar signos y letras, pero nadie más que él conociera podía hacerlo, incluso dudaba que supieran Xaman o los Xamanes, seguía en la inseguridad de si era uno solo con el don de la ubicuidad o había varios.

Inesperadamente para Jocnou, todas las luces se apagaron y se sumergió en la oscuridad de tal modo que tanteaba las paredes con las manos para seguir avanzando, paredes tan lisas y escalones tan perfectos que a los seres cavernícolas que habitaban la Tierra les hubieran parecido increíbles. Nada de lo que pudiera contarles Jocnou les parecería verosímil, deducirían que estaba inmerso en fantasmagorías que, al repetirlas, habían dañado su mente. El propio Jocnou tenía que entender y descubrir por qué era diferente a los demás de su especie.

Tropezó hasta caer de rodillas. Al levantarse, tocó las paredes, ya no eran finas, planas y perfectas, eran rocas desiguales como amontonadas unas sobre otras. El propio suelo era tan irregular que algunas rocas que tenía que rebasar se elevaban por encima de su rodilla. Siguió avanzando hasta que la noche quedó repleta de robles que impedían ver la bóveda celestial. Avanzó hasta que en el firmamento descubrió una luna grandísima y circular que reverberaba luz de plata.

Capítulo VII

Hacía ya tiempo, no sabía cuántos soles o lunas, que no tenía ningún encuentro con humanos. Se detuvo frunciendo el ceño al descubrir a cierta distancia una choza, o lo que quedaba de ella. Se acercó receloso, no siempre era bien recibido un humano en una pequeña comunidad de bosquimanos. La choza, que de origen debía haberse construido con ramajes, era grande, como para una familia numerosa o un grupo que pretendiera transformarse en tribu. No habían tenido suerte: Debajo de las ramas estaban los restos humanos quemados casi hasta la calcinación. Por la forma en que se hallaban colocados cabía deducir que habían sido sorprendidos sin posibilidad de defensa, ni tan siquiera de huida.

—Casi todo mujeres y criaturas —se dijo.

—Una tragedia, Jocnou, una tragedia.

Sorprendido al oír la voz femenina, se giró. A poca distancia se hallaban las dos mujeres, tan extrañas que podía suponerse que habían descendido de la mismísima luna. Hermosas, delgadas, altas, una tenía el cabello rojizo abundante y esponjoso cayéndole sobre los hombros. La otra se le parecía en muchas cosas, pero sus cabellos eran azul celeste y sus labios, tenían una tonalidad azul eléctrico. Su compañera los tenía rojo cereza. Para un hombre como Jocnou parecía que no iba a ser difícil imaginárselas sin los vestidos que cubrían sus cuerpos; sin embargo, no era así, tenían algo de etéreo que él no entendía.

—¿Las hijas de Diana?

Se rieron levemente, había como una gran complicidad entre ambas. A Jocnou le dio la impresión de que se reían de él.

—¿Quién te ha dicho que somos las hijas de Diana? —preguntó la pelirroja Helianna.

—Los demonios que vuelan, matan, queman porque os obedecen, ¿no es así?

—¿Nos ves cómo guerreras? No llevamos armas, en cambio tú sí las llevas. ¿De dónde las sacado, quién te las ha dado?

—Las extrañas sois vosotras. Y no sé de qué poderes disponéis ni porqué vuestros demonios matan a humanos.

Ellas conversaban sin que parecieran importarles los restos humanos a los que ni las alimañas se habían atrevido acercarse. Galatea le puntualizó:

—Tú tampoco eres igual los demás humanos de bosques y selvas. ¿Cómo eres tan distinto?

—La verdad es que no sabría decirlo —confesó Jocnou sin darle importancia—, pero me siento más cerca de ellos. —Señaló los cadáveres, casi esqueletos.

—Ah —exclamó Helianna—, te sientes "*homo sapiens sapiens*.

—Sí, como vosotras.

—Pues no —le rectificó Galatea—, nosotras somos "*homo sapiens maximus*".

Jocnou parpadeó incrédulo, se le agrandaron luego los ojos y al final soltó una sonora y sincera carcajada.

—Un salto evolutivo en la humanidad y precisamente vosotras, es para descojonarse.

—Ese puede ser tu problema, Jocnou —le dijo Galatea sin perder su sonrisa suficiente—. Nosotras no tenemos testículos.

—Eso parece que evidente —aceptó Jocnou—. ¿Y quién os ha metido en la cabeza eso de "maximus"?

Helianna oscilante, casi sensual, se le acercó más para silabearle:

—No tenemos que convencerte de nada, es evidente que tú eres mucho más avanzado que los otros humanos que podamos encontrar por bosques y selvas, les llevas milenios de adelanto.

Escéptico preguntó:

—¿En evolución?

Helianna, ya muy cerca del hombre, casi podían tocarse y ella no parecía temerle lo más mínimo, aclaró:

—En evolución cultural y tecnológica, pero sigues siendo uno de ellos.

—¿Y vosotras no? —Sarcástico, prosiguió—: Si yo os cubro, quiero decir si os insemino con mis atributos, ¿saldrá una criatura extraña o un "*homo sapiens maximus*" como decís?

Ambas soltaron risas que al hombre no le gustaron. Fue Helianna provocativa, agitando su hermosa cabellera pelirroja, quien replicó:

—Es que no puedes, eres un ser inferior.

No podía creerlo ni aceptarlo, había penetrado con su falo a las mujeres que había creído receptivas, nunca había violentado a ninguna y tampoco había forzado peleas entre familias o pequeñas tribus donde fue bien recibido y aceptado. Aquel par de mujeres, bellas y extraordinarias como jamás había visto antes, salvo cuando estuvo secuestrado no sabía dónde, no podían ser diferentes.

Alargó su brazo para rodear la cintura de Helianna y atraerla hacia sí. La sorpresa fue grande para él, su antebrazo pasó junto a la cintura de la mujer y quedó delante del abdomen femenino sin lograr tocarla, como si ella no poseyera un cuerpo sólido, de carne. Intentó posar su diestra sobre el pecho de ella y la mano la traspasó como si delante no hubiera nada capaz de frenarle. Ellas seguían con sus sonrisas, burlándose de él.

—¡Sois incorpóreas, como fantasmas!

—Galatea ya te ha dicho que somos "*homo sapiens maximus*", estamos evolutivamente muy por encima de ti.

Desenfundó el cuchillo que portaba en el cinturón que ceñía su cintura destacando así su amplio y musculoso tórax. Helianna le miró a los ojos, desafiante y divertida a la vez.

—Atrévete. —No se retiró lo más mínimo.

La hoja del cuchillo se elevó amenazante y brilló bajo la luz solar, fue como si emitiera múltiples y pequeños rayos. No desplazó la cortante hoja que ya había probado en animales a los que se había enfrentado en su larga andadura en pos del encuentro con "Las hijas de Diana", extrañas e incorpóreas.

Galatea se les acercó para decirle en tono convincente.

—Te cuidaremos, humano sin evolucionar. Eres casi perfecto físicamente, lo sabemos porque te tuvimos en nuestros laboratorios y te estudiamos a fondo. Sí, queremos protegerte, que subsistas. Tú has de ser un líder, un alfa sobre los demás "*homo sapiens sapiens*".

—He de aceptar que tenéis poderes que no entiendo y que me sobrepasan, pero yo no pido que me cuidéis como a un animal de zoo.

—Tenemos poderes, sí —admitió Galatea—, pero no vayas a tomarnos por brujas, aunque puedan explicarlo así dentro de milenios, formando parte de las leyendas de los "*homo sapiens sapiens*".

—¿Brujas?

Helianna asintió:

—Es lo que dirán dentro de milenios, cuando de ti no quede ni el más mínimo recuerdo. Ahora, Jocnou, nos vamos, si quieres volver a encontrarnos, sólo tendrás que seguir la luz.

Se disolvieron en el aire de súbito, como si aquel encuentro sólo fuera una fantasía de su mente calentada por un día de sol intenso. Cuando miró en derredor, solo vio las chozas quemadas y los cadáveres de cuantos las habían habitado antes de ser destruidas, humanos aniquilados que al parecer no habían preocupado lo más mínimo a las dos "Hijas de Diana". Ellas no portaban armas para cometer aquella atrocidad, pero los diablos voladores existían. Los buscó en el cielo y sólo consiguió que el sol le cegara momentáneamente.

Capítulo VIII

Ese sentido innato que le advertía del peligro le puso en alerta, despertándole. Había escogido una oquedad en el suelo al pie de un frondoso árbol. Los humanos, cuando andaban solos por bosques y selvas, solían preferir subirse a los árboles para pasar las noches, escapando así de los predadores nocturnos. Jocnou no lo había creído necesario aquella noche, llevaba varios días caminando por los bosques buscando no sabía el qué.

Al despertar, la copa frondosa de aquel árbol que le protegía del rocío le impedía ver el cielo, su luna, las miríadas de estrellas, pero si vio no muy lejos varios pares de ojos amarillentos fijos en él. Se hallaban en círculo y él parecía ser su objetivo. La manada de ocho lobos le tenían rodeado. En circunstancias como aquella, un humano solitario tenía todas las de perder, sucumbiría atacado y devorado por los lobos del bosque. Lentamente se fue incorporando hasta sentarse, notó que tocaba la pistola con su mano, la tenía junto a sí y sabía utilizarla, había practicado con ella. Confiaba más en el rifle abandonado en el valle de la Montaña de Plata que en una pistola, un arma desconocida para los demás humanos primitivos.

Sólo veía pares de ojos amarillentos, pero los colmillos de aquellos cazadores en manada debían de estar prestos para saltar sobre él, destrozarlo y devorarlo. Era una presa grande para los lobos, pero estos inteligente animales valoraban a su presa, sabían que los humanos podían revolverse con mucha agresividad si no mostraban miedo y echaban a correr, huyendo desesperados. Esa era la mejor ocasión para los cazadores, la víctima no llegaría lejos. Los lobos eran muy buenos corredores y sabían cercar a su presa en grupo.

—¿Cuál de vosotros el Alfa de la manada? —se preguntó mientras oscilaba el cañón del arma de un lado a otro, tratando de decidir en qué par de ojos debía centrarse y actuar.

Un gruñido agresivo destacó sobre los demás, intuyó de que fauces brotaba y no lo dudó. Apretó el gatillo dos veces cuando el lobo, supuestamente el Alfa, ya saltaba sobre él. Las detonaciones debieron resultar atronadoras para aquellos oídos tan finos. Eran capaces de seguir sus presas en el silencio de la noche, no sólo por su olfato, también por su oído.

El gran lobo quedó frenado en el aire por las dos balas y cayó a plomo. El resto de lobos de la manada, que no había iniciado el ataque contra Jocnou, quedaron quietos y ensordecidos, jamás antes debían de haber oído estampidos semejantes y su líder yacía muerto en el suelo, a los pies del humano.

Se pudo oír un gruñido, quizás un aullido de queja, debía haberlo proferido el que a partir de aquel instante sucedía en el liderazgo al lobo abatido. El nuevo Alfa dio media vuelta y se alejó, los demás le siguieron: El humano era demasiado enemigo para ellos.

Jocnou se irguió, puso el seguro a la pistola y se acercó a la fiera muerta, le habló como si el animal pudiera oírle.

—Lo siento, eras tú o yo, y ésta no era mi última noche. La verdad es que has sido un gran animal, sólo hay que verte.

Durante meses no había vuelto a ver ningún humano y mucho menos a las dos bellísimas "Hijas de Diana". Aquellas dos mujeres etéreas le habían desconcertado por completo. Su mente no lograba comprenderlo. Podía hablar con ellas, verlas, casi tocarlas y, sin embargo, eran inmateriales. Tampoco había contactado con el Xaman, es decir, los dos Xamanes, seguía sin saber si era uno sólo, dos o había más. Demasiadas incógnitas en su mente, confundiéndole, ya no estaba seguro de si todo había sido una pesadilla indescifrable o una realidad que no alcanzaba a comprender.

Aquella mañana, el cielo se mostraba nublado. Jocnou descubrió en la lejanía un punto de luz que oscilaba por entre el denso follaje de los árboles del bosque en el que se hallaba. ¿Sois hadas o brujas?, se preguntó. Ninguno de los *homo sapiens sapiens* que habitaban bosques y selvas le hubiera comprendido, ni siquiera él mismo recordaba porqué sabía tantas cosas que los demás ignoraban. Echó a andar en dirección al punto de luz que oscilaba en el horizonte. A medida que avanzaba, el punto de luz se alejaba. Había momentos en que temía haberlo perdido de vista, pero volvía a reaparecer como si sólo se hubiera guarecido tras la copa de algún árbol.

Caminó durante todo el día. Al llegar la noche, la lucecita desapareció. La buscó y harto de no reencontrarla, se tumbó sobre la hierba y se durmió. Al día siguiente, la lucecita reapareció. Jocnou se sintió débil, hacía dos días que no se alimentaba, salvo beber el agua fresca de los arroyos que cruzaba. Si la luz le guiaba siempre desde la distancia, Jocnou pensó que no se alejaría de él, podía dedicar su tiempo a cazar algún pequeño animal para alimentarse y así lo hizo. Descubrió una gruesa serpiente y no lo dudó. Se hizo con una rama, acosó al reptil hasta que lo tuvo sometido bajo las hojas de la rama y le clavó el cuchillo sin vacilación alguna. Luego, solo hizo falta desollarla y escoger las mejores partes de su carne, comió como cualquier otro cavernícola lo haría.

No supo los días y las noches que estuvo siguiendo la luz. Ya nadie contaba los días, nadie sabía el tiempo que vivía ni tan siquiera cuales eran los mejores días para sembrar o recoger los cultivos, fueren estos los que fuesen. Por ello quedó desconcertado al hallarse en un valle desconocido en el que había cultivos visibles, plantaciones de diversos tipos de vegetales. Todo parecía perfecto, tan perfecto que Jocnou se dijo que ninguno de los humanos

que él conoció podía planificar aquel asentamiento agrícola. Ya sin tener que seguir luz alguna, caminó por entre parcelas en las que se cultivaban vegetales comestibles y árboles frutales, todos distintos. Las flores abundaban. Anduvo durante horas sin más destino que caminar entre aquellos huertos bien delimitados, regados y cuidados, de verdes intensos. Aquello era otro mundo para Jocnou, un mundo desconocido. El misterio era determinar si aquello era un adelanto del futuro o venía de un pasado culto y evolucionado.

Llegó hasta una gran plaza circular donde convergían todos los senderos que se abrían entre las parcelas de cultivos. En el centro un embalse circular de agua limpia y como eje, un chorro grueso de agua que ascendía hacia el cielo y volvía a caer. Cualquiera de los humanos habitantes de bosques y selvas, de descubrir un lugar semejante, habría quedado más que desconcertado, podría tomarlo como el paraíso descrito por uno de los ancianos xamanes. Se sentó al borde del embalse construido con bloques de piedra perfectamente cortados. Todo allí era perfecto, los humanos no podían soñar ni imaginar un lugar como aquél.

Las descubrió avanzando por uno de aquellos caminos que convergían en aquel santuario de paz, eran Galatea y Helianna. Jocnou no se movió, las dejó acercarse seguro de que iban a su encuentro, no podía pensar otra cosa que la que reflejó en su pregunta.

—¿Sois diosas?

—Somos "Hijas de Diana" —dijeron la dos al tiempo uniendo sus voces como si fueran una sola.

—Sí, sí "*Homo sapiens maximus*". Pero, lo de homo suena a masculino y sois mujeres.

—Es genérico, no tiene importancia, pero tú y todos aquellos que conoces que son como tú, seguís siendo "*homo sapiens sapiens*" – le puntualizó aquella bellísima hija de Diana con cabellos azules y labios del mismo color.

—Desde el último encuentro has adelgazado, Jocnou, será bueno que te alimentes —opinó Helianna.

Por uno de los caminos avanzó una especie de mesa rodante sin que nadie la empujara, no se detuvo hasta quedar delante del hombre. Unos brazos robóticos articulados fueron destapando fuentes que mostraron alimentos magníficamente preparados, vegetales de colores diversos, apetitosas frutas y un vaso lleno de un líquido que atrajo la mirada de Jocnou. Las dos Hijas de Diana se rieron moderadamente burlonas.

—Bebe — le invitó Galatea.

Con cierta prevención, Jocnou tomó con su diestra el gran vaso que contenía un líquido dorado. Se lo llevó a los labios, notó su frescor, su agradable sabor y siguió bebiendo,

—Para, para —le pidió Helianna —, tienes que comer más que beber. No te preocupes, no te faltará de nada.

Las Hijas de Diana no comieron ni bebieron, pero Jocnou se sació y le sobrevino tal somnolencia que terminó por dormirse. No tenía la más mínima sensación de hallarse en peligro. Las dos bellísimas hembras no estaban armadas y más que desear hacerle daño, parecían querer halagarle y recuperarlo de su cansancio.

Capítulo IX

Tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que cuanto estaba viendo no era una fantasía. Jamás en sus vivencias había visto nada que pudiera parecérsele, ni siquiera soñando en algún paraíso descrito por los xamanes.

El embalse era grande, a Jocnou le pareció muy grande, con una cascada natural que iba renovando el agua. Su contorno era irregular, pero perfecto en sus niveles. En cualquier parte, el acceso desde el exterior a la superficie del agua no superaría cuatro dedos puestos de lado, uno encima de otro. Pero, lo más maravilloso es que entre aquellos sauces llorones que parecían querer besar las aguas, había distintas mujeres. Unas estaban como sentadas en hamacas, otras tendidas sobre la hierba de corte perfecto y una media docena de ellas, nadando con ligereza, con habilidad, como si ellas mismas fueran seres acuáticos. Sin mostrar ninguna clase de pudor o temor, todas estaban desnudas, eran mujeres muy hermosas, supuso que de diferentes edades. No había obesidad en ninguna de ellas, eran elásticas como felinas humanas. Los cabellos eran largos en la mayoría de ellas y de distintos colores, el color de la piel también variaba y no en detrimento de unas a otras, bien al contrario. ¿Cómo había llegado a aquel paraíso del que nadie le hablara jamás, que ni siquiera podía imaginar que existiera? Y para todas aquellas hermosas mujeres, él tampoco parecía existir.

—¿Qué te parece? —preguntó la voz femenina tras él.

Estaba tan absorto contemplando cuanto sus ojos ávidos alcanzaban a ver, que aquella voz le sorprendió, le arrancó de aquel mundo que nadie habría de creer si lo contaba con detalle.

Helianna y Galatea estaban junto a él sonriendo burlonas, ellas si estaban vestidas con los monos que se adherían a sus cuerpos como una segunda piel.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

Helianna agitó sus cabellos de fuego, adelantó un paso para mirarle más de frente y dijo:

—Has entrado en la tierra de "*homo sapiens maximus*".

—¿Seguís creyendo en vuestra superioridad como especie?

Galatea le respondió:

—Somos las hijas de Diana, ya te lo dijimos. Ahora, sería mejor que te dirigieras a aquellos vestuarios —señaló con el dedo unas puertas medio ocultas entre árboles—. Dúchate y lávate, quítate la ropa que llevas, encontrarás qué vestir.

Helianna añadió:

—En nuestras tierras todo está muy controlado en cuanto a limpieza se refiere, no podemos tolerar que entren gérmenes patógenos que nos puedan perjudicar, aunque suponemos que no sabes ni de lo que te estamos hablando. Llegas de lo que dentro de varios milenios los expertos llamarán la prehistoria.

—Si tan inferior soy comparado con vosotras, ¿por qué me habéis hecho llegar hasta aquí?

—Porque Diana, nuestra madre, desea conversar contigo —le concretó Galatea.

—De modo qué soy más importante de lo que parece si la gran mandona desea hablar conmigo —ironizó con una sonrisa de suficiencia.

—No te sobrestimes, Jocnou, podemos convertirte en un animal doméstico en cuanto lo deseemos —puntualizó Galatea con una fría sonrisa que no gustó al hombre.

—¿Puedo preguntar si en este mundo vuestro hay hombres en alguna parte, quizás dentro de jaulas? Creo recordar que fui introducido en una especie de jaula donde llovía y todo daba vueltas.

Las dos mujeres se rieron al mismo tiempo.

—No hay machos como tú, no, no los hay, y a lo que te referías, era una lavadora para animales. Quedáis limpios, pero no dañados.

—Y ahora, para ducharme como exigís ¿voy a meterme en otra máquina como esa?

Ambas movieron la cabeza negativamente, y fue Galatea la que le tranquilizó.

—Ahora eres un hombre que se controla, confiamos en que te portarás bien.

Jocnou aceptó rezongando:

—Qué remedio, no hay manera de atraparos como ya me demostrasteis. Por cierto, todas esas hermanas vuestras que estoy viendo ¿son tan intangibles, tan fantasmales como vosotras?

—Son tan vitales, de carne y hueso, como tú o nosotras.

—No me engañéis. Vosotras, no sé cómo explicarlo, no tenéis cuerpo, sois como el aire, no se os puede tocar, acariciar, coger.

—Nosotras somos como tú — explicó Helianna—, claro que sí, pero en ocasiones somos hologramas cuatro "D", interactivas. Podemos estar en nuestros laboratorios y al mismo tiempo hallarnos en otro lugar como proyecciones, vosotros los *homo sapiens sapiens* no podéis ver las diferencias, ya ves que somos sinceras contigo.

—¿Órdenes de la jefa Diana?

—Preguntas demasiado, Jocnou, ve a asearte y a cambiarte de indumentaria para poder estar en nuestras tierras.

—Antes de obedecer como un niño bueno, ¿puedo tocaros para comprobar

que no me estáis engañando ni estoy soñando?

Las dos mujeres se miraron entre sí, sonrieron y asintieron con la cabeza. Jocnou alargó su mano y tocó el brazo de una y luego de la otra, comprobó que eran seres carnales completamente. Cuando quiso volver a tocarlas por segunda vez, quizás con mayor atrevimiento, sufrió como un fuerte empujón sobre el pecho y cayó de espaldas sobre la hierba.

—No lo intentes de nuevo, Jocnou —silabeó Galatea.

Helianna añadió:

—Lo que los cavernícolas llamáis demonios voladores, aunque no los veas, siempre están vigilantes y ningún *homo sapiens sapiens* puede tocar a una de las "Hijas de Diana".

Jocnou comprendió que, pese a su fuerza física, se hallaba en situación de inferioridad frente a ellas, una situación impensable en el mundo de los humanos que vivían en bosques y selvas.

Capítulo X

Se sintió extraño vestido tan sólo con una túnica de lino blanco y calzado con sandalias, calzado que no recordaba haber usado nunca. Tenía demasiadas dudas en las que no perdió tiempo en ahondar.

Cuando quiso recuperar sus armas, la pistola y el cuchillo habían desaparecido. No le dio mayor importancia, dedujo que no corría peligro pese a que había comprobado que los demonios voladores podían acabar con él, aunque rara vez se dejaran ver. Eran como grandes insectos que zumbaba suavemente al trasladarse por el aire y no buscaban flores.

Al salir de vestuarios y duchas encontró sobre la hierba una mesa y una cómoda silla, los humanos de bosques y selvas no conocían las mesas ni las sillas. Él lo miró todo con reparo, pero tras tocar la silla con cuidado, terminó por acomodarse en ella. Tenía la impresión de que había visto muebles similares en una memoria que no controlaba.

Dos máquinas con tracción oruga se acercaron a la mesa. Transportaban platos con comida, dos vasos y dos botellas. Jocnou lo miraba todo sin intervenir, viendo sorprendido como los brazos robóticos le servían.

—Puedes comenzar, todos los platos son para ti —le dijo una voz neutra que brotaba de una de aquellas máquinas con forma de carrito y un brazo retráctil que actuaba con una precisión exquisita, ya que ni una gota de agua o de vino se vertía donde no debía.

—No hay platos con carne —dijo casi para sí, pero su queja fue oída y la voz de aquel robot no androide aclaró:

—No se come carne en la Arcadia de las Hijas de Diana.

Se encogió de hombros y comenzó a comer con los dedos sin utilizar la cubertería que miró con reparo. Cataba de los distintos platos y con la cabeza fue asintiendo de forma aprobatoria. No sabía lo que comía, pero le gustaba. Los contenidos de aquellos platos no podían imaginarlos los humanos de bosques y selvas, se preguntaba si los xamanes sí conocerían aquellos alimentos tan elaborados.

Cuando se levantó de la silla, aquellas máquinas autónomas lo retiraron todo, en pocos momentos se habían llevado hasta la silla y la mesa. Jocnou lo observaba todo con infinita curiosidad.

Ni dentro ni fuera de aquel estanque que semejaba un lago había nadie, las hermosas Hijas de Diana habían desaparecido. Se sintió sólo mientras se preguntaba qué deseaban de él aquellas extrañas, inteligentes y cuidadas mujeres. Un silbido leve y continuado le hizo volver la cabeza y, con

precaución, dio unos pasos atrás, a punto estuvo de caer en las aguas del lago.

—No temas, Jocnou —le dijo una voz femenina—, no te va a hacer daño, es un vehículo de transporte. Sube en él y siéntate, déjate llevar.

Jocnou miró con mucho reparo aquel monstruo robótico. Era amplio, cuadrado y tenía turbohélices en las esquinas, hélices que giraban produciendo el silbido, pero en aquellos momentos en tono más suave. El dron de transporte volvió a tomar altura, no demasiada. A Jocnou se le pasó la prevención y contempló admirado los campos de cultivo. Había de todo, árboles frutales, verduras, rizomas que la tierra guardaba para agrandarlos, pero no se veía a nadie cuidando aquel vergel que se perdía a lo largo de su vista.

—Todo cuanto puedas ver es el alimento que los robots cuidan para que sea el alimento de la Arcadia de las Hijas de Diana — explicó la voz que brotaba del interior de la máquina voladora.

—¿Y nadie os lo arrebata o destruye?

—Imposible —respondió la voz del dron como si dentro, en alguna parte, lo cual resultaba imposible, llevara a una de aquellas diosas que dominaban los demonios voladores.

El dron hizo un giro y aceleró en línea recta hasta donde terminaban los campos de cultivo y comenzaban los bosques salvajes. Cuando parecía que iba a internarse en los bosques, se detuvo, manteniéndose a una altura algo superior a la de un hombre como Jocnou.

—¡El alacrán!

Aquella bestia, grande como tres hombres juntos, se había encarado con él a muy poca distancia, tan cerca que parecía que podría alcanzarle con sus tenazas dentadas mientras su cola erguida le mostraba el enorme aguijón tan amenazador como venenoso. Las grandes pinzas de aquella bestia, de color verdoso oscuro, topaban contra algo que no se veía pero que le impedía avanzar y saltar sobre Jocnou que se sintió preocupado; no tenía arma alguna para poder defenderse.

—No temas, Jocnou —dijo la voz femenina, su tono le tranquilizó. Aquel alacrán era un enemigo mortal para los humanos—. No puede pasar, hay una barrera entre tú y él que no ves, una barrera que también te impediría salir si trataras de hacerlo, como tampoco entrar si estuvieras al otro lado.

—¿Qué hay entre el alacrán y yo que no puedo ver?

—Una barrera invisible, pero sólida e impenetrable. Esa bestia que intenta atacarte, que desea devorarte, tampoco sabe por qué no puede llegar hasta ti y matarte. Además, tenemos esos vigilantes que vosotros llamáis demonios voladores.

—No los veo— confesó sorprendido Jocnou.

—No es necesario que los veas, están ahí y protegen la Arcadia de las Hijas de Diana.

Y como demostración, de alguna parte del cielo brotó un rayo rectilíneo que impactó de lleno sobre el alacrán gigante que súbitamente enrojeció. Éste comenzó a romperse y, ya destrozado, quedó sobre la tierra delante de la barrera invisible. Jocnou quedó atónito ante el poder de las Hijas de Diana, de cómo podían destruir a quien quisieran por poderoso y terrorífico que éste fuera.

El dron, con su pasajero a bordo, prosiguió su vuelo a poca altura y se enfrentó a unas puertas enormes de un material que Jocnou desconocía. Se abrieron en dos hojas y el dron se introdujo por una amplísima rampa hacia el interior de la tierra. Era tan ancha aquella rampa que hubieran podido avanzar diez drones como el que transportaba a Jocnou, en formación, uno al lado del otro.

Sin ver a nadie que las moviera, las gigantescas puertas se cerraron tras él. Era tanto lo que le podía sorprender que ya nada le asombraba, estaba como ebrio de sorpresas. Circularon por el centro de una gran nave donde el nivel de ruidos era ensordecedor: Máquinas rodantes, brazos robóticos, cadenas de montaje… No había ningún ser humano, ni siquiera androides que pudieran parecérsele, nada que recordara el aspecto de un hombre, aunque fuera metálico. El dron le paseó por otra sala donde sí había mujeres Hijas de Diana, muchas de ellas atentas a pantallas en las que aparecían y desaparecían imágenes que Jocnou no entendía, todo rebasaba sus conocimientos. Otras de aquellas mujeres estaban en el centro de la sala con máquinas que para Jocnou resultaban delirantes, creaban estructuras en tres volúmenes que aparecían y desaparecían.

—Puedes bajarte del dron —le dijo la voz de Helianna que apareció junto a Galatea, siempre iban juntas.

Cuando se hubo apeado del dron, el transporte volador se alejó sin que nadie lo condujera.

—Sois como abejas laboriosas —opinó el hombre que seguía vestido con su túnica de lino.

—Cuidar de nuestra Arcadia no es fácil —le puntualizó Galatea.

Se introdujeron por un corredor, a ambos lados había ventanas alargadas y amplísimas que dejaban ver cuanto había en las salas que se hallaban a derecha e izquierda de su avance.

—¿Estas son las salas de procreación y maternidad? —preguntó Jocnou, sin entender por qué había tantos receptáculos de cristal que se hallaban unidos por mangueras flexibles transparentes que proporcionaban aire y nutrientes—. ¿Aquí cuidáis de vuestros hijos?

—Sólo nacerán Hijas de Diana —le dijo Helianna, rotunda.

—¿No nacerán niños? Me refiero a hombres.

—Aquí nunca habrá niños varones. El mundo del *Homo sapiens maximus* sólo es para las mujeres.

—¿Y qué hacéis con los niños? —Dudó antes de buscar una mayor respuesta—. ¿Los matáis?

Tanto Galatea como Helianna se pusieron serias y fue la azulada y bellísima Galatea quien dio una respuesta precisa:

—No, no los matamos, simplemente no les dejamos nacer.

—¿Los abortáis?

—Tampoco —preciso ahora Helianna. —Sencillamente no nacen.

—¿Por qué no nacen? ¿Qué hacéis para impedirlo?

—No tenemos por qué contarte nada, Jocnou —le dijo Galatea con actitud severa—. Si alguien tiene que contártelo, será la Madre Diana, ella es la sabiduría, y por muy avanzado que te creas, y lo eres respecto a los otros cavernícolas con los que convives, hay cosas que son muy sofisticadas y no llegarías a comprenderlas.

Helianna continuó:

—No os queremos mal a los *homos sapiens sapiens*, vivís vuestra evolución, que será muy larga, durará milenios aún. Esperemos que no volváis a cometer las mismas aberraciones que vuestra civilización anterior ya desaparecida, enterrada en las entrañas de la tierra.

—Vuestras palabras parecen surgir de un mundo extraño, dan miedo, pero lo que tengo claro es que los hombres como yo, os somos imprescindibles para vuestra supervivencia.

—Algo de cierto hay en cuanto aseveras, pero no tiene la importancia que tú le das. La Arcadia de las Hijas de Diana solo es para *homo sapiens maximus* que quiere decir, solo para mujeres, y en cierto modo vamos dejando de serlo en la forma y concepto en que nos ves.

—Helianna, ¿quieres decir que, si un hombre como yo, se mezcla con vosotras, todo, absolutamente todo no os va a cambiar?

Las dos se rieron burlonas al tiempo. Fue Galatea quien le sorprendió.

—Si crees que, con tu planta, con tu fuerza, con tus testículos, con tu pene, nos vas a seducir, estás en un error. Para nosotras sólo eres como un animal doméstico. ¿Necesario? Sí, pero en la medida que nos interesa y eso tú no lo sabes. Cuando se seleccionan los embriones perfectos para que nazca una nueva hija de Diana, se modifica su ADN, ya no sentirá ningún interés hacia vosotros. En nuestra Arcadia no existe ningún hombre capaz de suscitar deseo sexual.

Charlaban delante de la sala procreativa, Jocnou quería saber más y más; sin embargo, no asimilaba el alcance de cuanto le contaban, los xamanes no le habían preparado para entender aquellas informaciones.

—Pero, el sentimiento de maternidad se despertará en vosotras.

Helianna precisó:

—El sentimiento de maternidad no existe en nuestra Arcadia. Al otro lado de los ventanales puedes ver los vientres de laboratorio, no hay madres tal

como las concibes en tu mundo de salvajes. Sabemos que tienes una mujer como esclava a la que llamas Llum y te ha dado un hijo, pero esa forma de procrear, nacer y educar es un sistema tan lejano y obsoleto para nosotras que ni siquiera se comenta. Hemos dado un salto en la evolución humana. Nosotras somos el presente, pero para vosotros los *homo sapiens sapiens* somos el futuro, un futuro que quizás por vuestros instintos salvajes, de animales mamíferos, quizás jamás lleguéis a alcanzar.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

Las dos al tiempo, uniendo sus voces, dijeron.

—De ti, sólo la "Y".

Helianna quiso añadir:

—Y tu fuerza, tu resistencia como ser animal que eres.

—Así es —corroboró Galatea. —Hemos de vigilar seguir siendo perfectas y resistentes ante las posibles enfermedades, los humanos inferiores que seleccionamos tienen sus sistemas inmunitarios perfectos. Te habrás dado cuenta de que mientras otros hombres y mujeres como tú enferman y mueren, tú sigues sin contaminarte, la naturaleza es así de caprichosa.

Sarcástico, Jocnou replicó:

—Entiendo, por eso me capturasteis, supongo que con artimañas me extrajisteis el semen que os hacía falta y ahora ya no valgo nada para vosotras.

Galatea, siempre más fría y precisa, le respondió:

—Algo de razón tienes, con una de tus brutales eyaculaciones tenemos semen para muchas fecundaciones, nuestros laboratorios lo controlan todo a la perfección.

Helianna añadió.

—Somos poseedoras de mucha ciencia y no dejamos nada al azar. En el mundo patriarcal del *homo sapiens sapiens* se imponía la fuerza y la educación masculina, pero en nuestro mundo prevalece la inteligencia, la ciencia. Te está costando demasiado entender que tú, para nosotras las Hijas de Diana, eres como un chimpancé para los patriarcas del mundo de los *homo sapiens sapiens*.

Mordaz, Helianna añadió:

—Claro está que, en el mundo de los chimpancés, los había unos más inteligentes que otros. —Ambas se echaron a reír ante un hombre impotente para replicar.

Capítulo XI

Jocnou había esperado encontrarse con una mujer muy digna pero entrada en años, se sorprendió al descubrir a una mujer bellísima de edad indefinida, de largos cabellos platino cayéndole sobre los hombros. Se cubría con una túnica azul en la que parecía estar impreso el cielo nocturno plagado de estrellas. Se sentaba en una especie de trono en el que no había metales ni piedras preciosas, era de mármol níveo, pulido con gran destreza. Aquel trono de mármol, que en sí mismo no era suntuoso ni revelaba riqueza, se hallaba sobre una tarima de madera clara, centrada en un ábside que dominaba la sala de la presidencia o del trono de la Madre de las Hijas de Diana.

En voz baja, Helianna le pidió:

—No te adelantes si la Madre no te da permiso.

—¿Y si no hago caso?

—Podrías tener la misma suerte que los alacranes gigantes —le advirtió Galatea.

Ambas se alejaron o desaparecieron, Jocnou no lo supo o no se dio cuenta, sus ojos estaban clavados en la figura de Diana.

—Ha llegado el momento de que sepas quién eres — dijo Diana.

—Ya sé quién soy —replicó arrogante.

Con voz femenina, suave pero algo grave, aquel ser que podía calificarse lo mismo de reina, emperatriz, sacerdotisa suprema o incluso diosa, comenzó a decirle:

—Posees más memoria que los demás humanos del mundo de los sapiens, pero también tienes ciertas lagunas, aunque no quieras admitirlo.

—Una memoria que parece te interesa mucho conocer. —Al hacer esta replica, dio un paso adelante y del suelo brotaron unos rayos azulados de advertencia. Jocnou pensó que era mejor no probarlos por si resultaban letales —. Me capturasteis, extrajisteis mi esperma porque os hace falta, luego me devolvisteis a las montañas, a los bosques. ¿Por qué me habéis traído de nuevo como si fuera un invitado? Algo estáis tramando, algo queréis dominar o conseguir.

Como si no hubiera oído sus palabras, Diana prosiguió:

—Cuando te destetaron, la Hermandad de Xamanes te seleccionó.

—¿Xamanes? Creí que sólo había uno que me guiaba.

—Existe toda una Hermandad que decide en consejos y uno de los Xamanes es el Gran Maestro, sabio y poseedor de grandes poderes ocultos. Él vigila por los fundamentos de vuestra civilización. Cuando te hagas muy

mayor, si has sobrevivido, tú serás uno más del consejo de la Hermandad, ya que habrán expirado los más ancianos.

—Y según tú, ¿qué es lo que se proponen los Xamanes?

—Custodiar la memoria.

—No entiendo nada, debo de ser muy inferior a vosotras como me repetís. Primero, me quitan la memoria y luego, he de guardar la memoria.

—Es lo que trato de que entiendas —le puntualizó, suave pero algo burlona, lo que molestó al hombre que se sentía dominado por todas aquellas mujeres que se hacían llamar "las Hijas de Diana".

Le pareció que los ojos de la diosa cambiaban de color mientras le decía:

—En un lugar secreto te educaron con los fundamentos de la civilización olvidada. Cuando adquiriste la sabiduría que el consejo de Xamanes creyó suficiente, con sus poderes borraron parte de tu memoria, sólo una parte de ella.

—¿Qué historias me estás contando, quieres volverme loco?

Diana se levantó de su trono de mármol, descendió de la tarima y avanzó hacia Jocnou hasta quedar a poco más de un paso de él demostrándole que no le tenía ningún miedo, y nadie más, armado o no, se hallaba en la sala si él decidía atacarla.

—Todo es nuevo para ti, no lo sería tanto si los Xamanes que te manejan te hubieran contado lo que tu mente supo un día.

—Antes te has referido a la civilización olvidada, ¿es ese el punto de partida?

—Es posible —admitió, aquella mujer de extraordinaria belleza e inteligencia. Jocnou dedujo que además podía poseer poderes desconocidos por él.

—¿Cuál es la Civilización olvidada?

—La anterior a la que perteneces ahora, se borró hace milenios y comenzasteis de nuevo como seres primarios de los bosques y selvas.

—¿Y vosotras?

—Nosotras también formábamos parte de la civilización olvidada, pero hicimos un esfuerzo y conseguimos el salto evolutivo, de *homo sapiens sapiens* a *homo sapiens maximus*.

—Y nosotros nos quedamos atrás como idiotas, como seres inferiores. ¿Eso es lo que intentas que me crea?

—No tienes por qué molestarte, los hechos ocurrieron hace milenios. El consejo de Xamanes trata de averiguar lo sucedido y refundar vuestra civilización, pero eso, de la forma que ellos desean, no va ser posible.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Sois soberbios y arrogantes, pero cuando la inteligencia venció a la fuerza, el varón quedó dominado.

—Si la inteligencia se une a la fuerza, el éxito está asegurado.

La bellísima Diana comenzó a caminar describiendo círculos en torno a Jocnou. Se sentía dominante y lo ponía en evidencia.

—Los varones, los machos de tu civilización, siempre piensan en conseguir el poder, siempre dejan aflorar su instinto animal. Ese es el motivo por el cual hemos logrado avanzar evolutivamente y hemos prescindido de vosotros, los machos dominantes.

—¿Me estás diciendo que ya no tenéis instintos?

—Como los vuestros, no. Con inteligencia hemos modificado nuestro mundo. Ya habrás visto que las máquinas robóticas hacen los trabajos de fuerza o los que en la civilización olvidada llamaban manuales.

—¿Y quienes hacen esas máquinas? ¿Cuál fue el principio?

—El principio de nuestra Arcadia es lo que la hermandad de Xamanes pretende que tu averigües.

Parpadeó. Haciendo un pequeño alarde intentando demostrar que no era tan inferior como ella aseguraba, preguntó:

—Y vosotras ¿qué es lo que queréis averiguar a través de mí? Está claro que estoy contigo, suprema inteligencia, porque deseas saber algo, algo que os importa mucho, ¿no es así?

—Buscas la respuesta en nosotras y la respuesta está oculta en tu mente.

—Las mujeres siempre habéis sido capaces de hacer maravillas con las palabras —se lamentó Jocnou—. Habláis de manera que los hombres terminamos por sentirnos culpables y pocas veces sabemos de qué.

—En la civilización olvidada sofocasteis la voz de la mujer, erais más grandes físicamente y más fuertes. Cuando llegó el mundo de las máquinas, de los robots, la fuerza del hombre se hizo innecesaria.

—La fuerza del hombre siempre es necesaria —protestó Jocnou.

—Eso es lo que queréis imponer, pero ya no es así en nuestra Arcadia.

—La Arcadia siempre ha sido una ensoñación, un deseo jamás cumplido.

Diana sonrió levente. Como un felino frente a su víctima, era consciente de su superioridad.

—Está claro que en tu educación de futuro Xaman te hicieron leer mucho.

—¿Leer dices?

—Sí, ¿no recuerdas donde están tus libros, en papel o en digitales?

La pregunta le pilló por sorpresa, su mirada semejó perderse dentro de sí mismo, hurgaba buscando algo que no sabía dónde hallar.

La diosa de la Arcadia hizo unos gestos con brazos y manos como exhortando a espíritus invisibles, o así pudo parecérselo al hombre. Se produjo una luz blanca, intensa y cegadora que iluminó la sala, luz que se fue apagando para dejar visible una gran esfera, de dos metros de diámetro. La esfera flotaba, no tocaba el suelo empedrado. Jocnou tuvo la impresión de que en el pasado había visto alguna esfera parecida, pero no tan grande. Tenía mucho de azul.

—Esta es una representación del planeta Tierra tal como era cuando existía la civilización olvidada. ¿La reconoces, Jocnou?

El hombre vaciló, se sentía inseguro. Aquella diosa le dominaba, no cabía duda.

Capítulo XII

—Doctora Marbre, ¿lo tiene todo listo?

—Sí, señor, todo parece estar listo, los relojes marcan los tiempos.

—Pronto se encenderán los que inicien el principio del fin.

El presidente del proyecto nominado "Renovación", miró con expresión reconcentrada a la joven y bella científica. Tras ellos, en pie, permanecían varios hombres muy bien trajeados, eran los agentes de seguridad del presidente.

—Todo está preparado para que nada falle, pero el destino puede ser tan implacable como imprevisible.

—Así es, señor, nunca sabremos lo que el destino nos va a deparar, aunque tengamos planes previstos como opción "B".

Como si quisiera disculparse en voz alta, el presidente añadió:

—La humanidad ha llegado al colapso, había que hacer la renovación absoluta.

—Es posible que sucumban miles de millones de seres humanos, señor.

La joven científica observaba con actitud grave al hombre que había elaborado el proyecto "Renovación", que la humanidad global ignoraba. Sumergido en su empeño, sus cabellos se habían blanqueado, quizás ni él mismo lo había notado. Todo pesaba sobre él, sobre sus decisiones que no deseaba se propagasen.

—Tenía que evitar la agonía del colapso, que todo terminara en una degradación humillante para la humidad, una derrota social y vergonzosa que el ser humano no merece.

—Así es, señor, no lo merece.

—¿Y lo segundo que quería decirme?

—¿De verdad le interesa, señor?

—Sincerándome con usted y no buscando el halago fácil, diría que tiene una inteligencia nada común, que algo brilla dentro de su mente, entre esos hermosos ojos.

—Me abruma, señor.

—Disculpe, no había en mis palabras ningún deseo de molestarla.

—Lo sé, señor. En cuanto a la opinión que esperaba de mí, es muy sencilla.

—¿Cuál?

—*Numerus clausus*, señor.

—Sí, sí, está claro, *numerus clausus*. —Cambió el tono de su voz que se

tornó más imperativo—. No los hubieran aceptado ninguna nación, ninguna raza, todos tienen sus herencias atávicas y aunque digan que son distintas, las raíces parecen ser las mismas.

En principio, la joven doctora Diana Marbre asintió con la cabeza, luego opinó:

—Básicamente ese es el problema, señor.

—No la entiendo. ¿Qué es lo que trata de decirme?

—La humanidad está fundamentada en instintos animales. Se habla mucho de la racionalidad y la filosofía, pero seguimos encadenados a nuestros instintos. Nuestros cerebros poseen un núcleo reptiloide, pero también un límbico. Tenemos miedo, mucho miedo a tomar grandes decisiones porque nos aferramos al principio de la civilización, a unos fundamentos erróneos.

Con sonrisa abierta, más relajado, como si le hicieran gracia las palabras de la doctora Diana, inquirió:

—¿Usted lo ve claro?

Sonó un pitido leve pero prologado. La doctora Diana señaló el móvil que llevaba en la muñeca cuya pantalla parpadeaba dando una alerta.

—Nos esperan, señor.

—Sí, sí, claro. Siempre es interesante hablar con usted y aunque parezca una incongruencia, creo que su ciencia se fundamenta en la filosofía. —Dio medio giro y echó a andar seguido por la joven doctora.

El salón de proyecciones era semicircular. Disponía de unas quinientas butacas, cada una de las cuales podía girar noventa grados a derecha e izquierda sobre un eje. En un amplio escenario se había habilitado una mesa de presidencia y hacia ella se dirigieron. La joven científica era una de las siete personas que presidiría aquel encuentro total.

La sala se había llenado, todos mantenían una actitud grave, silenciosa, nadie se atrevía a hacer el más mínimo comentario. Se encendió la gigantesca pantalla semicircular mostrando distintos lugares del planeta, bosques, ríos, mares, desiertos, ciudades.

—Señoras, señores, a nuestro querido planeta azul ha llegado el momento del caos, lo irremediable. Esta situación era previsible, por ello se puso en marcha el proyecto secreto "Renovación". —Carraspeó, era un momento muy trascendente, bebió agua y prosiguió—: De haberse hecho público el proyecto "Renovación", el caos se habría producido antes y los estudios sociológicos aseguran que la civilización habría sido más brutal. No vamos a justificarnos, no es necesario. Como todos ustedes saben, se descubrió un volcán muy grande, enorme, a tres mil cuatrocientos metros de profundidad bajo los hielos de la Antártida, un volcán cuya existencia no se ha divulgado. El polo magnético del sur se halla en ese punto concreto. Siempre bajo alto secreto y con muchos medios de protección, se comenzó a excavar en un amplio circulo con todo el poder de nuestras máquinas de perforación y extracción.

Conseguimos abrir un pozo de quinientos metros de diámetro, lo que permitía una pista descendente en forma de espiral para ir extrayendo los hielos, un trabajo inmenso que han llevado a cabo los asiáticos pertenecientes a nuestro proyecto. Solicito un aplauso para ellos. —El aplauso fue unánime, el presidente aprovechó para beber algo de agua. Reanudó su discurso, detallando con minuciosidad las ingentes tareas llevadas a cabo, haciendo especial referencia a quienes habían participado en ellas.

En la gigantesca pantalla de arco pudo verse bien, gracias a las diversas cámaras que transmitían en directo, el enorme pozo abierto en la cumbre de la gran montaña de hielo. Sobre el hueco del cráter artificial, se entrecruzaban gigantescas vigas de acero sostenidas por gruesos cables también de acero que partían desde lo alto de unas torres metálicas. Como dos grandes pasarelas, se cruzaban justo en el centro geométrico del pozo cuya profundidad parecía insondable.

Los últimos cientos de metros de profundidad los habían excavado máquinas robóticas que habían ahondado en la caldera del cráter más grande jamás conocido en el planeta Tierra por los seres humanos. Aquel volcán, que no había recibido ni nombre por ser desconocido, ahora se presentaba como terriblemente amenazador. Había dejado escapar gases sulfurosos y otros derivados del nitrógeno, toda una nube de gases a alta temperatura y sin duda alguna, terriblemente tóxicos para cuantos estaban reunidos allí, en la pequeña y secreta ciudad-bunker. En silencio, con los labios prietos, todos temían que la situación no se desarrollara según lo previsto.

—Tranquilícense, cuando todo termine, cuando todo esté calmado, saldremos de nuestro bunker secreto y hallaremos una nueva vida para nosotros, que es lo mismo que decir que para la especie humana. La sobrepoblación ya nos había llevado al caos, el planeta ya no podía resistir más la plaga humana con sus detritos y consumo voraz del reino animal y el vegetal.

Siguieron escuchando aquellas palabras que ya se sabían de memoria, y que intentaban justificar lo que iban a provocar.

En las pantallas aparecieron cuatro grandes camiones-grúa transportando cada uno de ellos un gran cilindro metálico, los cuatro iguales. Los colgaron de las vigas cruzadas y mediante correderas movidas por cables, que a su vez eran tirados desde motores lejanos, los cuatro enormes y brillantes cilindros se situaron en el centro geométrico del pozo. Fue la propia doctora Marbre la que ejecutó desde su ordenador el descenso de los más que inquietantes cuatro cilindros que semejaban despedir luz propia en la noche de la Antártida, el continente desconocido y tan inhóspito por las imponentes masas de hielo acumuladas durante millones y millones de años.

Todos estaban tensos en la sala. El mundo, la vida planetaria iba a cambiar por la voluntad y tecnología humana, como si el *homo sapiens sapiens* se

hubiera convertido en un dios todopoderoso y la vida en el planeta ya dependiera exclusivamente de su voluntad.

Gracias a videocámaras que llevaban focos incorporados, pudieron ver en la gigantesca pantalla como los cuatro maléficos cilindros, que unidos formaban un único elemento, descendía, descendía. Las paredes de hielo reverberaban la luz, la aumentaban hasta que comenzaron a quedar envueltas por los gases tóxicos y amenazadores que brotaban de la caldera del volcán más grande conocido y que, por si fuera poco, se hallaba en el surtidor magnético del polo sur.

Por encima de la gran montaña horadada emergían rayos formando una desconocida aurora boreal que ya no era tal ni se hallaba en el polo Norte. Todos eran conscientes de que el planeta se iba a convulsionar con lo que estaban a punto de provocar. El objetivo final del proyecto "Renovación" era tan secreto que ni siquiera lo conocían los gobiernos de todas las naciones del planeta Tierra. En teoría, sólo era una excavación para estudios geológicos y mineros por si podía ser rentable el contenido del subsuelo de la Antártida. El continente austral siempre había constituido un misterio para los seres humanos.

Todos los implicados en aquel proyecto se hallaban tensos. Habían sido seleccionados con mucho cuidado, ninguno de ellos debía de tener familia ni albergar sentimientos hacia los seres que quedaran fuera de la ciudad-bunker. La muerte y desaparición de millones y millones de seres humanos no debía causarles pesar ni remordimiento alguno, se trataba de salvar a la especie y estar convencidos de la eficacia del proyecto.

—Presidente…

—Sí, doctora Diana.

—Ya puede activar el botón rojo, los cables han llegado a su término. A partir de este momento, la caída del Vulcano-Alfa será libre hasta llegar a lo más profundo de la caldera del volcán.

El presidente del proyecto "Renovación" utilizó la yema del dedo corazón para pulsar el botón rojo. El momento decisivo había llegado.

Pese a hallarse a millares de kilómetros del polo sur, tuvieron la impresión de que la tierra reventaba bajo sus pies. Gracias a los satélites de vigilancia, pudieron ver la fulgurante luz blanca que brotó del interior del gran pozo perforado en los hielos. Jamás se había visto un hongo atómico tan grande y amenazador como el que se fue extendiendo sobre la Antártida y aquello solo iba a ser el principio del gran caos planetario. El tan temido Armagedón se estaba adueñando de la Tierra. El interior del planeta comenzó a rugir de tal manera que jamás el ser humano hubiera podido llegar a imaginarlo. Los hielos de la Antártida se derritieron con rapidez al tiempo que gran parte de ese hielo se transformaba en vapor de agua a altísima temperatura. Los océanos comenzaron a agitarse y a subir de nivel, brutales tsunamis se

enfrentaban unos contra otros, chocaban de forma caótica elevándose crestas de agua salada a millares de metros de altura mientras los continentes se rajaban y partían en pedazos.

Las grandes metrópolis, sorprendidos sus habitantes, eran engullidas por mares y océanos. El gran volcán siempre desconocido, oculto bajo millares de toneladas de hielo, reventó y como ansioso de vomitar por aquel generoso pozo que le habían perforado, el magma líquido brotó de tal forma que, si algún ojo humano pudiese contemplarlo, lo hubiera visto como gigantescos chorros de infernales fuentes artísticas. Grandes islas como Inglaterra, Madagascar, Nueva Zelanda, incluso la mismísima Australia, bailaron sobre las aguas violentas y sin control que barrían continentes.

Habían activado el caos total creyendo que no les iba a afectar hallándose en la ciudad-bunker, pero el suelo tembló bajo sus butacas hasta que éstas comenzaron a levantarse hundiéndose después. Prorrumpieron en gritos de pánico y sorpresa antes de que todos echaran a correr en direcciones opuestas, sin rumbo, impelidos por el espanto. Cuando creían alcanzar una salida, la tierra se abría a sus pies.

—Doctora Diana, creo que nos hemos excedido y sobrepasado en nuestros planes, esto es el fin total…

Se abrió el suelo bajo la mesa presidencial y se tragó al fundador del proyecto "Renovación".

La doctora Diana consiguió escapar del gran auditorio y en el corredor VIP encontró varios vehículos eléctricos, todos estaban ocupados. No dudó en exigirle a un hombre:

— Bájese, tengo prisa.

—No, no, es mío.

—Idiota, ¿a dónde vas a ir? La ciudad bunker está reventando, vamos a morir todos. ¡Fuera! —le gritó al tiempo que de su cinturón extraía una pequeña pistola eléctrica.

Le disparó unos cuantos miles de voltios que le tumbó. Pronto despertaría y la mujer no quiso darle tempo a reponerse. Huyó en el vehículo eléctrico sorteando a otros mientras las paredes se agrietaban y se habrían brechas que pretendían engullirlo todo.

Mientras los océanos crecían con tsunamis y olas gigantescas, los continentes se partían, se sumergían en las aguas y parte de ellos reaparecían. Jamás el planeta Tierra había sufrido convulsiones tan caóticas como las que los seres humanos le habían provocado.

No toda la ciudad secreta estaba destruyéndose, tenía muchas compuertas grandes y estancas que se iban cerrando para evitar que gases, incendios o inundaciones pasaran de un lugar a otro.

—Doctora ¿qué está sucediendo? —le inquirió el oficial de la patrulla de seguridad que se hallaba en aquella gigantesca sala.

—¡Rápido! —ordenó la joven doctora en Ingeniería Telemática. —¡Diríjanse al auditorio, tienen que proteger a la presidencia, hay personas que han enloquecido por el pánico, dense prisa!

Le obedecieron, subieron a sus dos vehículos patrulla para salir rápidos de la gigantesca sala, no se dieron cuenta de que les había engañado para desembarazarse de ellos. Apenas hubieron cruzado la sólida compuerta, la doctora Diana pulsó en su emisor de pulsera enviando unas órdenes y las compuertas comenzaron a cerrarse. Un vehículo con tres hombres trató de cruzar el umbral y entrar en la sala, pero no lo consiguieron, el morro de su vehículo ya no podía adelantar entre las dos pesadísimas compuertas que, centímetro a centímetro, avanzaban para unirse una con la otra. Los tres hombres vestidos con uniformes diferentes saltaron del vehículo para tratar de cruzar a pie. Sin vacilar, la doctora Diana hizo unos disparos eléctricos que, sin darles muerte, los obligó a retroceder. El estruendo dentro de la ciudad bunker que reventaba era horrísono, insoportable. Diana tenía prisa, pero no terror como tantos y tantos seres encerrados en aquel reducto secreto que se resquebrajaba. Techos que se hundían, los centros de luz se apagaban y el agua que ya no se sabía de donde procedía, entraba por las grietas que se abrían en suelos y paredes.

—¡Atención, atención! ¡Alerta roja! ¡Todas las Efe a la sala veinte! — fue diciendo a su comunicador de pulsera mientras corría por la amplísima sala vacía de todo lo que pudiera significar muebles.

Arribó a la siguiente compuerta, pasó al otro lado cuando ya comenzaba a cerrarse automáticamente ante la emergencia roja mientras algunas sirenas podían oírse por distintos lugares de la ciudad-bunker. Cuando la doble compuerta de acero inoxidable terminaba de cerrarse, de alguna parte brotó un gigantesco chorro de agua salada, era agua del océano y no tardaría en llenar la gran sala de distribución. Las compuertas herméticas convertían aquel lugar en un depósito de agua insalvable, estaban aisladas, es lo que dijo al grupo de casi cien mujeres reunidas en la sala veinte.

—Escuchadme bien todas, escuchad y no tengáis miedo, estamos aquí para sobrevivir.

Una de las mujeres de abundante cabello rubio gritó:

—¡Estamos encerradas!

—Aquí dentro, si esto no revienta como casi todo nuestro planeta azul, sobreviviremos. Cada área de supervivencia dispone de todo para sobrevivir mucho tiempo, se planeó así por si algunas áreas sufrían daño en el caos planetario que la especie humana ha creado.

—¿La especie humana? —gritó otra de las allí reunidas—. Hemos sido nosotros.

—Nuestros científicos visionarios planearon todo esto —asintió la doctora Diana mientras se oían los rugidos del planeta agónico, herido de muerte.

Grandes metrópolis eran engullidas con millones de ciudadanos dentro, ciudadanos sorprendidos por un cataclismo a nivel planetario que no entendían, que no les daba tiempo para mirar a la muerte de cara. Como jamás se había visto antes, gigantescos tsunamis se enfrentaban, chocaban con tal virulencia que todas las bestias marinas que pudieran hallarse cerca se despedazaban. Ni los imaginativos más osados hubieran sospechado lo que estaba ocurriendo en lo que antes fuera un bello planeta azul, un planeta sobrepasado por la presión de la plaga en que se había convertido la especie humana, la peor especie animal nacida y desarrollada en la Tierra. Mientras cordilleras enteras se hundían y el magma ígneo cubría lo que quedaba de ellas, otras cordilleras se elevaban desde el fondo de los océanos. Las bestias marinas quedaban varadas entre peñascos que escurrían agua en medio de la dantesca oscuridad, ya que a parte alguna del planeta llegaba la luz solar. Gases mezclados con micropartículas habían convertido una atmosfera respirable para los humanos en algo tan irrespirable que ningún escritor de ciencia-ficción hubiera imaginado jamás, la realidad superaba con creces cualquier alucinación por terrorífica que ésta fuera.

El área “Veinte”, aun hallándose a gran profundidad dentro de la tierra firme, era zarandeada como una balsa dentro de un mar embravecido.

Todas las mujeres habían sido seleccionadas física, intelectual y psicológicamente. A la doctora Diana no le extrañó que ninguna sufriera brotes de espanto. Si las luces se apagaban, si llegaba la oscuridad total mientras la tierra herida de muerte se convulsionaba agónica engullendo todo signo de vida, ellas quedarían allí quietas para la eternidad.

—El área “Veinte”, al igual que otras áreas, es autónoma por sí misma, posee energía eléctrica prácticamente indefinida, alimentos y recipientes adecuados para producir alimentos de la propia tierra. Solo hay que esperar a que el caos desaparezca, que la atmósfera se renueve y llegado ese día, saldremos de aquí porque el sistema de escape está previsto

Una de las presentes levantó la mano. Con un gesto, Diana, que se había erigido como dirigente, le dio la palabra.

—¿Y si la salida ha quedado cegada?

—Disponemos de material suficiente para abrir un nuevo túnel ascendente.

Otra de las presentes también pidió la palabra y al recibir el place, preguntó:

—¿Cuánto tiempo se prevé que podemos permanecer enterradas?

—Eso hay que tomarlo todavía como un enigma a resolver —dijo Diana —, esta ciudad bunker no se hizo para que desapareciera la especie humana, sino para todo lo contrario después del hundimiento de la Antártida. Si no salimos nosotras en vida, lo harán nuestras descendientes.

—¿Descendientes sin hombres? —preguntó otra de las presentes, ya ninguna esperaba que le concedieran la palabra para preguntar o exponer.

En aquellos momentos, por el amplio corredor que conducía a las diferentes salas y estancias del "Área veinte", apareció un grupo apretado de siete hombres que avanzó hacia las mujeres. El que parecía dirigirles preguntó:

—¿Estáis todas bien?

Todas las mujeres los miraron, pero fue la doctora Diana quien se encaró directamente con ellos.

—Soy la doctora Diana y me hago cargo del "Área veinte", por ello les ruego que se dirijan a la clínica médica y aguarden allí hasta que dispongamos el protocolo a seguir.

Los hombres se miraron entre sí como desconcertados, comenzaron a sonreír y el que se erigía como líder comenzó a hablar por todos.

—Nosotros nos haremos cargo de todo, vosotras cada una a vuestro sitio, saldremos de aquí, ya lo veréis. ¿Cómo está la situación al otro la de las compuertas?

—¿Es que no me ha entendido? Diríjanse a la clínica médica y aguarden a lo que dispongamos nosotras.

—¿Qué dice, doctora… cómo ha dicho que se llama?

—Sencillamente Diana, se terminó el dominio del varón, el "Área veinte" ya no es un patriarcado. No nos obliguen a tomar medidas.

Los hombres farfullaron palabras de protesta. Su líder se adelantó con aire desafiante.

—¿Qué tonterías le están pasando por la cabeza? —gruñó.

Con voz grave pese a su juventud, Diana expuso:

—Si llegaba a suceder lo que está ocurriendo ahora en esta ciudad-bunker secreta, se iniciaría el proyecto Arcadia

—Pero ¿de qué tonterías habla? No conocemos ningún proyecto Arcadia.

En la mano de Diana apareció la pequeña pero potentísima taser. La pistola apuntó al hombre que avanzaba resuelto a reconducir aquella situación que le parecía insólita. Miles de voltios impactaron en su cuello, dio un salto incontrolado y cayó al suelo revolviéndose como víctima de un ataque epiléptico.

El resto de hombres miraron al caído y luego a Diana, entre enfurecidos y desconcertados.

—Llevad a vuestro compañero a la clínica médica. Si tratáis de escapar, seréis abatidos y no solo durante un tiempo controlado como él, que se repondrá de la descarga eléctrica.

El grupo de hombres, al darse cuenta de que todas las mujeres estaban dispuestas a secundar las órdenes de Diana, obedecieron a regañadientes.

Acompañados por no menos de veinte mujeres, se llevaron al hombre aturdido hacia la clínica médica mientras Diana, ante un pequeño grupo de mujeres más dispuestas a secundarla, les explicó cuál era el plan inmediato.

Terminó con las palabras:

—El Proyecto Arcadia se ha puesto en marcha, es nuestro gran momento, nuestro inicio hacia la libertad total. Ya no será la fuerza la que se imponga sobre la inteligencia nunca más.

Capítulo XIII

Mareado, a punto de perder el equilibrio, Jocnou se quitó aquellas gafas que le cubrían totalmente los ojos, unas gafas misteriosas que le ofrecían la visión, casi la integración, en un mundo desconocido. Giró su vista en derredor, se hallaba en una amplia sala totalmente desnuda de mobiliario y objetos. Sus ojos quedaron frente al rostro de la doctora ingeniera Diana Marbre, le pareció que sonreía.

—¿Todo ese cataclismo, toda esa destrucción, está ocurriendo?

—No, lo que has visto ocurrió hace tiempo. Ahora ya sabes lo que sucedió, porqué nacieron nuevos continentes, nuevas islas, y gigantescas cordilleras desaparecieron. Pero, el planeta Tierra en el que nos hallamos, sigue sus traslaciones en torno a nuestra estrella Sol.

—No entiendo nada —confesó Jocnou, sincero.

—Todo se calmó, el caos total quedó en el olvido. Nacieron nuevas praderas, nuevos bosques, el planeta siempre termina por rehacerse, por recuperar su biodiversidad —fue explicando Diana—. Multitud de vida animal sobrevivió al caos, especialmente especies marinas, pero también animales terrestres y algunos seres humanos que iniciaron una nueva vida, una nueva civilización. Les fue muy difícil en las primeras generaciones, pero es increíble la capacidad de supervivencia y adaptación que poseen los humanos.

—¿Y vosotras?

—Cubre de nuevo tus ojos con esas gafas que dan acceso a la memoria grabada y sabrás más. Hasta hoy, ningún *homo sapiens sapiens* ha tenido la oportunidad de conocer lo que ahora estás viendo con tus propios ojos.

Se ajustó de nuevo las extrañas gafas, jamás antes había visto ningún artilugio igual o parecido. Algo en su mente le decía que tales aparatos habían existido antes, aunque ningún ser del mundo de los bosques y las selvas los hubiera visto. Jocnou sabía que en su memoria había un ciclo oscuro, un tiempo en el que había tenido otras vivencias que alguien había encapsulado dentro de su cerebro y no conseguía recuperarlas. Y por no recordarlas, tampoco se las podrían sonsacar las Hijas de Diana, las cuales estaban convencidas de que no lograrían explorar su mente ni torturándole lentamente hasta la muerte.

Con aquellas gafas mágicas, tenía la sensación de hallarse en espacios y tiempos para él desconocidos donde nadie reparaba en él, ni siquiera debían ver ni notar su presencia. Era como visionar sueños incontrolables que se convertían en vivencias, tan reales que se dejaba llevar por ellas.

En una sala de la clínica médica de que disponía el Área Veinte, los siete varones se hallaban tendidos en camillas de acero brillante. Sus muñecas, brazos y tobillos estaban bien sujetos por correas, sus rostros expresaban miedo. Mientras, el planeta rugía en su globalidad, habría de pasar mucho tiempo antes de que los océanos se calmaran, que los gigantescos tsunamis dejaran de enfrentarse mientras cordilleras submarinas emergían y se hundían las gigantescas montañas del Himalaya. El planeta jamás volvería a ser como había sido, pero tampoco importaba, seguiría siendo un planeta que rotaba sobre sí mismo y se trasladaba elípticamente en torno a la estrella Sol. Cuando todo se hubiera calmado, con la atmósfera ya renovada, siempre podían quedar seres supervivientes como así había sido, pero ¿qué era lo que en realidad había transformado la especie humana?

Varias de las mujeres allí reunidas soltaron los cinturones de los pantalones masculinos. Con tijeras, cortaron las perneras a todo lo largo y siguieron cortando hasta que quedaron desnudos desde la cintura hasta los tobillos. El nerviosismo aumentó entre los varones y comenzaron los insultos vejatorios, pero la joven y hermosa doctora Diana permanecía impasible, sin inmutarse, no le hacían mella sus gritos y amenazas. Con botellas llenas de líquido para higiene sanitaria en forma de spray, lavaron y rociaron los órganos sexuales masculinos con el líquido vaporizado.

—¿Y ahora que pensáis hacer con nosotros, caparnos? —inquirió agresivo el hombre al que ya había tenido que tranquilizar con la pistola taser eléctrica.

Diana se situó frente a todos ellos y les habló con tanta seguridad y frialdad que no les produjo tranquilidad alguna.

—Si el cataclismo global, el Armagedón que hemos provocado contra la plaga en que se había convertido la especie humana no destruye el Área Veinte, trataremos de sobrevivir encerradas en esta especie de pequeña ciudad-bunker.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó uno de los hombres sujetos en las camillas metálicas.

—El tiempo que sea necesario hasta que en el mudo exterior se den posibilidades de vida, por su atmósfera y por sus temperaturas. Ahora mismo no sabemos si estamos encerradas en el fondo abisal de un nuevo océano. Si os comportáis como se os diga, todo irá bien, viviréis hasta morir de ancianos. Lo que se os va a practicar ahora son vasectomías irreversibles. Si practicar sexo os interesa, no os va a faltar siempre que esté de acuerdo alguna de las mujeres que vamos a llevar adelante el nuevo proyecto de supervivencia "Arcadia". Si alguno de vosotros intenta violar a una mujer, recibirá un castigo ejemplar. —Hubo murmullos entre hombres y mujeres—. Las mujeres de esta nueva Arcadia también pueden tener deseos que satisfacer, pero no habrá procreación con vosotros.

—¿Por qué no podemos ser nosotros los que os convirtamos en madres? Si

no sois madres, este grupo que quieres comandar se extinguirá por sí solo.

—No nos vamos a extinguir como especie mientras este magnífico reducto aguante, todo está previsto.

—¿Qué habías previsto, zorra? Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Voy a ser sincera, os lo voy a explicar. Tenía previsto el plan de la Arcadia, pero éste solo se llevaría adelante si las condiciones lo hacían necesario. Un grupo de compañeras estábamos trabajando en este proyecto alternativo, los hombres ya no mandarían más sobre las mujeres y para ello, había que transformarlo todo desde lo más profundo. Era preciso dar un salto en nuestra evolución y ello no se consigue en un instante ni en un año, posiblemente tampoco en una generación. Ha llegado el momento del fin del Patriarcado, iréis conociendo el plan con todo detalle. Ahora, no perdamos más tiempo, cubridles los ojos y comencemos las intervenciones quirúrgicas

Los hombres allí sujetos protestaron furiosos, trataron de liberarse de los correajes que les sujetaban, pero fue inútil. Poco después se les inyectaron anestésicos, no se trataba de torturar a nadie, pero sí de seguir adelante con el audaz plan Arcadia.

El grupo de mujeres supervivientes en el "Área Veinte" observaban como se llevaban a cabo las vasectomías. Mientras, la inflexible y determinante doctora Diana Marbre se calzó unos guantes de látex, se colocó el tapabocas y tomó un afilado bisturí. El hombre que hasta aquel momento había sido líder, desde la ceguera causada por la venda que cubría sus ojos y la anestesia que había dormido sus órganos sexuales, preguntó:

—¿Ahora me toca a mí? Prometo follar a gusto, y lo haré contigo hasta dejarte agotada.

Diana no respondió, seguía concentrada en lo que estaba ejecutando, ayudada por dos de sus más fieles seguidoras. Abrió el escroto de aquel hombre arrogante que prometía dominarla y le extirpó los testículos con el máximo de cuidado. En su lugar colocó dos testículos artificiales de látex. Cosió con cuidado la pequeña abertura realizada en la bolsa del escroto y desinfectó bien las heridas. Todos quedaron con sus órganos sexuales cubiertos por apósitos. Diana ordenó.

—Tapadlos con mantas, van a dormir, les hace falta,

—¿Cuándo me tocará a mí? —preguntó el hombre que acababa de ser intervenido, y no precisamente con una simple vasectomía.

Capítulo XIV

Cuando Jocnou despertó, se sentía agotado al tiempo que molesto con aquellas diabólicas gafas que todavía llevaba encajadas en su rostro. Se reincorporó hasta quedar sentado sobre la manta extendida sobre el magnífico césped, muy cerca del lago. Se quitó las gafas dejándolas sobre la manta y se levantó, dio apenas tres zancadas y se lanzó de cabeza contra las aguas del lago. Nadó y braceó con fuerza para estimularse. Se quedó quieto, al tener la cabeza fuera del agua descubrió incrédulo a Galatea y Helianna deslizándose por encima de las aguas sin siquiera mojarse los pies. No se acercaron a Jocnou, avanzaron hasta detenerse junto a la manta sobre la que el hombre quedara profundamente dormido poco antes. Jocnou nadó hasta llegar a tierra y salió del agua sin preocuparse de su desnudez que, obviamente, no molestaba a las dos Hijas de Diana.

Galatea balanceó las gafas digitales que había utilizado Jocnou y dijo:

—Por los datos que aquí han quedado grabados, parece que has copulado con siete mujeres.

—¿Siete mujeres? —repitió Jocnou desconcertado.

Fue Helianna la que especificó:

—Siete mujeres digitales, por supuesto.

—Pues me parecieron muy reales —opinó Jocnou.

Galatea, como molesta, al borde del reproche, dijo:

—Sólo hay que ver como has dejado la manta de manchada, si llegas a seguir sólo hubieras podido sacar sangre.

—¿Acaso os tengo que dar explicaciones? Vosotras me habéis dado estas malditas y diabólicas gafas, es decir, me las dio vuestra mandamás Diana. Parece muy inteligente, pero contó unas historias difíciles de tragar.

Despectiva, Galatea replicó:

—Puedes opinar y pensar lo que quieras, tan sólo eres un *homo sapiens sapiens*.

—Y vosotras que os consideráis casi diosas, ¿no tenéis apetitos sexuales?

—No, modificamos nuestros ADN a lo largo de generaciones, no dejamos que fuera la madre Naturaleza la que se encargara de nuestra evolución. La hemos acelerado nosotras mismas con nuestro trabajo e inteligencia, al margen de vosotros los hombres.

—Si decís que no os apetecen las relaciones sexuales, ¿por qué os mantenéis con ese aspecto tan bello, tan sensual?

Las dos hijas de Diana se miraron entre sí, se rieron levemente antes de

que Helianna clarificara.

—La belleza nos gusta, y si somos bellas en nuestras presentaciones nos parece magnífico, incluso nos facilita la relación empática con cualquier ser inteligente con el que contactemos. No vayas a creer que eres el único con el que hemos contactado.

Jocnou vaciló antes de responder.

—Imagino que os habéis visto con algún Xaman.

Galatea le respondió con su permanente actitud despectiva.

—Los Xamanes son la fosilización, nunca serán el avance evolutivo. Ahora ponte la túnica, pasearemos un poco. Todavía sabes muy poco.

En aquel momento, el hombre fue consciente de que se hallaba desnudo y de que, pese a la gran belleza de las dos mujeres, su miembro aparecía laxo, inerte.

—Antes de continuar, ¿qué sucedió con los hombres que capturasteis, que sometisteis?

—Murieron de viejos, cumplimos nuestra palabra. Ellos entendieron que había llegado la hora del predominio de la inteligencia sobre la fuerza.

—¿Os considerabais ya más inteligentes que aquellos desgraciados?

—No en aquel momento —puntualizó Helianna.

Galatea añadió:

—Éramos muchas más y por una ocasión, impusimos nosotras la fuerza para dominar la situación, durante muchos milenios había sido todo lo contrario. No les prohibimos las relaciones sexuales.

—Pero no podían procrear, no podían tener hijos.

—El plan de la Madre Diana con la que todas estábamos de acuerdo fue que los hombres no pudieran procrear a voluntad. No podían nacer varones y las mujeres siempre evolucionarían a mejor en su árbol genético. Por ello, ahora somos mucho más perfectas y no estamos sometidas al patriarcado masculino, esa situación ya no existe. Acompáñanos.

Ya cubierto con la túnica, Jocnou preguntó:

— ¿Y el hombre al que capasteis?

Encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia, Galatea dijo:

—Se suicidó.

Jocnou las miró a ambas alternativamente, achicando sus ojos.

—¿Sois conscientes de vuestra fría crueldad?

—¿Y tú te das cuenta del sometimiento, palizas y crímenes que durante milenios los varones habéis cometido contra las mujeres? —Antes de que él pudiera replicar, prosiguió—: Nuestra Madre Diana tuvo claro que esa situación de esclavitud femenina debía terminar y muchas estuvimos de acuerdo con ella. No era necesario promover una guerra entre los sexos, sólo había que esperar el momento adecuado para iniciar la escisión. Nosotras no fuimos las que promovimos el caos total del planeta.

—Está bien, soy más listo que los demás bosquimanos, no sé dónde conseguí la cultura que tengo, en mi mente hay espacios oscuros que llegará un día que aclararé, pero hoy, sí, hoy sois más inteligentes y más cultivadas que yo. Con cada una de vuestras acciones me sorprendéis, camináis sobre las aguas sin mojaros y ni los alacranes gigantes pueden con vosotras. No tenéis robots androides, nada que os recuerde a un hombre. Todavía no entiendo por qué no me habéis eliminado con los poderes que poseéis.

Helianna echó a andar, antes giró su cabeza para ofrecerle una sonrisa amistosa. Quería ahondar en la empatía pese a tantas diferencias que les separaban.

—Las Hijas de Diana no queremos daño para vosotros. No nos hacéis falta para nada, somos autosuficientes en nuestra Arcadia de la que todavía conoces poco.

Echaron a andar. Jocnou tuvo conciencia de que sólo era él quien pisaba la hierba, aquel césped húmedo y mullido que tanto le gustaba, las hijas de la Arcadia de Diana caminaban, sí, pero sus pies no tocaban la hierba. ¿Levitaban?

Jocnou sabía muchas más cosas que los bosquimanos, aunque fuera uno de ellos, pero la hermandad de los Xamanes le había inculcado una cultura lejana que utilizaba sin conocer su procedencia. Las Hijas de Diana seguían sorprendiéndole. Había tratado de vencerlas, de no quedar atrás, pero había constatado que su arrogancia de varón se venía abajo. Ellas podían hacer de él lo que quisieran y, por el contrario, él no podía ni tocarlas con un solo dedo, y eran tan bellas y, sobre todo, tan inteligentes y seguras de sí.

—Ahí está el santuario —señalo Helianna.

Encima de un montículo piramidal se levantaba un templete octogonal, el sol de la tarde le daba de lleno, brillaba de forma espectacular. Aun estando lejos, a Jocnou le pareció que nunca había visto nada igual.

Una pulida escalinata de mármol daba acceso al templete que tenía por cubierta una media esfera chapada en oro, de modo que los elementos de la naturaleza no la deteriorarían.

En el centro de templete, un mausoleo en forma de prisma rectangular y sobre él, la escultura yacente de una mujer con los párpados cerrados y cubierta con una túnica labrada en mármol, todo en ella estaba constituido del mismo material. Miró el rostro de la durmiente y quedó perplejo, algo allí no le cuadraba.

—Esta es la tumba de la fundadora de la Arcadia de las Hijas de Diana. De no haber sido por ella, hoy no seríamos como somos.

—No es posible —replicó Jocnou, entre molesto y desconcertado —. Ayer estuve con ella y me contó muchas cosas sobre cómo se inició esto que llamáis la Arcadia.

Galatea pasó al otro lado del túmulo y la estatua, dejando a Jocnou en el

lado opuesto.

—Su cuerpo biológico dejó de existir hace muchísimas generaciones, tantas que deberíamos escrutar en el reloj de la nueva vida para poderlas contar —trató de explicarle.

—¿Fue una bruja? —Miró a las dos hijas de Diana como buscando una respuesta que le sacara del desconcierto—. Estuvo conmigo y si hace tanto tiempo que murió, los muertos no reviven, estoy harto de verlo. Solo los Xamanes parece que lo aguantan todo y, aun así, yo sé que se extinguen y otros ocupan sus lugares.

—La hermandad de los Xamanes a la que ya perteneces te dirá que tú debes ocupar el lugar del que desaparezca, las gentes de los bosques y las selvas creerán que siempre son los mismos.

Jocnou alargó su mano grande, varonil, para pasarla por el rostro de la figura yacente, fue como una caricia que nadie le impidió.

—La Madre Diana —comenzó a explicar Helianna—, fue la primera en donar su mente y con ella su espíritu, a la "Inteligencia Artificial". Se fundieron en una sola mente y tal como ella misma había calculado, coexisten.

—¿Para siempre?

—Mientras exista el receptáculo que las cobija, sí, y no sólo eso, va evolucionando más y más, por ello puede hacerse corpórea en cinco "D", siempre interactiva, pero sin las necesidades vitales de un cuerpo biológico como el tuyo.

Parpadeó incrédulo. ¿Se hallaba sumido en la profundidad de un sueño del que no conseguía despertar porque aquellos dos seres, ya no sabía si ángeles o demonios, se lo estaban impidiendo?

—¿Vosotras también estáis muertas? —se atrevió a preguntar—. ¿Sois seres mitad ciencia mitad seres humanos?

Galatea salió del templete y giró en torno a él como si volara, semejaba carecer de gravedad.

—Desde la noche en que el *homo sapiens sapiens* destruyó lo que había sobre la capa del planeta tierra, somos libres. Solo la Madre Diana lo había previsto con su gran inteligencia, muy superior a la de los varones con los que trabajaba en el gran proyecto destructor para conseguir un *numerus clausus* en la humanidad y que ésta pudiera subsistir sin llegar al irremediable desenlace que acaba con todas las plagas. El gran error del *homo sapiens sapiens* fue creer que lo que era válido para él debía conservarse siempre. La evolución no controlada, es decir, controlada por los fundamentalistas, conduce a la autodestrucción sistemática.

Jocnou salió también del mausoleo, se sentó sobre la hierba y con la mirada siguió a Galatea que parecía muy feliz.

—Sabemos que te cuesta mucho entender lo que te estamos explicando, pero tú has sido el mejor ejemplar de *homo sapiens sapiens* que durante

generaciones hemos encontrado para contarle lo que deseamos que sepas.

Jocnou recordó que los Xamanes le habían advertido que las hijas de Diana tratarían de sonsacarle lo que él sabía y que ellas querían conocer.

—Aunque nos sea difícil convencerte —comenzó a decir Helianna mientras dejaba de volar y se sentaba junto a ellos, si es que su cuerpo llegaba a tocar el césped, eran inmateriales—, nosotras no queremos ningún mal para los *homo sapiens sapiens*.

—Ah, ¿no?

—Después de miles de años de recuperación de la vida biológica en el planeta tras el caos de la destrucción total, sois los supervivientes y estáis construyendo una nueva especie humana.

—Que vosotras asesináis con vuestros demonios voladores —acusó, molesto.

Galatea, sin importarle demasiado la opinión de Jocnou, prosiguió:

—Nosotras, de forma aséptica, destruimos todo aquello que os pueda conducir a una nueva civilización donde las mujeres sean tratadas como animales domésticos y para la procreación, eso se terminó y si nosotras no conseguimos que vosotros los supervivientes cambiéis esas actitudes propias de animales y no de seres pensantes, habremos fracasado

—Me habéis dado a entender que vosotras si os habéis salvado de esa opresión de la que habláis.

—Así es —respondieron las dos al tiempo, a coro, fundiendo sus voces.

Galatea, que no deseaba que Jocnou se quedara sin los conocimientos que ellas estaban dispuestas a ofrecerle, continuó:

—Hemos estado modificando nuestro género durante generaciones, tenemos bancos de embriones modificados.

—¿Nunca embriones varones?

—Así es —volvieron a asentir las dos, a coro.

Helianna quiso precisar:

—En nuestra Arcadia no hay nada que se asemeje a un varón como tú. Todos son robots de brazo, máquinas, pero sí os hemos capturado para ordeñaros, para crear nuevos embriones, hacer la selección y modificarlos.

—De modo que lo que me contasteis es verdad — dijo cabizbajo,

Helianna, mientras seguían allí al pie del mausoleo de Diana, explicó:

—Ya en los genes, extirpamos la parte de reptil que lleváis dentro y eso anuló vuestros deseos de matar sin motivo. Luego, con más tiempo y dificultades, nos deshicimos del límbico y, en consecuencia, de todos los sentimientos inherentes: El amor, el odio, la ambición, nada que nos pudiera hacer débiles en nuestros pensamientos y decisiones —quiso burlarse él.

—Y aún redujimos nuestros cerebros más, mucho más —se rio Helianna —. La parte del cerebro necesaria para que el cuerpo humano funcione, ya no nos hacía falta. Fue un salto al vacío, corrimos el riesgo de la total extinción,

pero somos inteligentes y salió bien, por ello nuestras mentes ahora son muy poco voluminosas y fundidas con la inteligencia artificial, podemos viajar por los espacios interestelares sin problema. Pronto despegaremos del planeta y quizás dentro de milenios regresemos, ya no nos reconoceréis ni tendréis idea de quienes somos o quienes fuimos. Nosotras ya seremos mutantes, bueno, en realidad ya lo somos. Ahora es mejor que te alimentes y duermas, el sueño puede brindarte la solución que buscas —le dijo Helianna.

Casi sin darse cuenta, las dos bellísimas mujeres que ya no querían saber nada de los hombres, habían desaparecido.

Jocnou miró a un lado y a otro, se hallaba sobre aquel montículo piramidal cubierto de agradable césped. Por encima de su cabeza, el mausoleo brillaba al reverberar los últimos rayos de sol del atardecer. Se acercó a lo que podía considerarse un altar y sobre él, la figura bellísima de Diana, la fundadora de aquella Arcadia que había conseguido la libertad total de las mujeres. Algo le atraía poderosamente de ella. Tuvo una gran sorpresa al descubrir que los párpados de mármol labrado se habían levantado y los ojos de Diana le miraban desde no sabía dónde.

Una voz femenina, pero oscura, como saliendo de profundas cavernas ignoradas, una voz que se deslizaba por el interior de la cúpula que era una media esfera hueca le repetía:

—Tú puedes hacerlo… tú puedes hacerlo... tú puedes hacerlo…

Capítulo XV

El despertar fue fulminante, todo su entorno era verde, lujuriosamente verde. Tan verde era cuanto le rodeaba que al alzar la vista ni siquiera pudo ver el azul del cielo. Sacudió la cabeza, aturdido, y fue como si no quisiera aceptar que había permanecido dormido sin conocer el paso del tiempo ni cómo había aparecido allí en medio de la espesa selva donde los monitos aullaban y multitud de pájaros lanzaban sus silbos dándose a conocer.

—¿Dónde estáis? —se preguntó con voz ronca, casi inaudible.

No obtuvo otra respuesta que la algarabía de la selva en penumbra. Había poca luz, los rayos del sol apenas podían filtrarse entre las miríadas de hojas, tantos árboles mezclaban sus ramas que parecía casi imposible determinar que ramas formaban parte de un árbol u otro.

Jocnou, en aquellos momentos, no era capaz de discernir lo que eran sueños o pesadillas de todo cuanto había visto y vivido con las Hijas de Diana. Debía reflexionar, aclarar sus pensamientos. ¿Se habían cansado de él?, se preguntó todavía aturdido. Se observó a sí mismo, vestía aquel mono cerrado que había encontrado donde se escondía el Xaman o uno de los Xamanes, todos le parecían iguales. El propio Jocnou habría de terminar convertido en uno de ellos, pero su juventud y su fortaleza física aventuraban que antes habría de pasar mucho tiempo, si lograba sobrevivir.

El alacrán verde gigante se abrió paso entre la lujuriosa vegetación selvática, detuvo su avance al descubrir su presa que no era otra que Jocnou, un humano de las selvas y bosques.

Jocnou miró sus manos, estaban vacías, no tenía un arma conque defenderse. Quizás estuvieran en el suelo, entre la densa vegetación, pero no tenía tiempo para buscarlas, el alacrán gigante se le lanzaría encima en cualquier instante. Por delante, sus grandes tenazas y en lo alto, el enorme aguijón en la punta de cola dispuesto a hundirlo en el cuerpo de su presa y con sus letales tóxicos dejarlo a su merced. Tuvo la impresión de que aquellos iban a ser sus últimos segundos de vida.

Inesperadamente, por entre las hojas verdes se abrió paso un rayo rectilíneo, luminoso al tiempo que rojizo. Aquel rayo impactó en el alacrán gigante y éste se inflamó. Un chirrido, como de hierros oxidados, recorrió la selva y los animales y pájaros que allí vivían comenzaron a aullar, a silbar, a graznar, el ruido se hizo horrísono mientras el alacrán gigante se consumía hasta convertirse en un amasijo de escamas blanquecinas.

Jocnou miró hacia lo alto. No descubrió al dron, aquel artefacto que había

creído siempre un demonio sicario controlado por las Hijas de Diana; sin embargo, en aquella ocasión, le habían salvado. Quizás le habían protegido y guiado siempre sin que él se diera cuenta. Después de lo sucedido con el alacrán gigante, no cabía duda de que deseaban que siguiera con vida.

—¿Para qué? —gritó, colocando sus manos delante de su boca para que su grito resultara más potente y llegara más lejos.

A pocos pasos, sobre unas grandes hojas un tanto aplastadas, descubrió su rifle y una bolsa con varios cargadores. Se colgó el rifle a la espalda y la bolsa con los cargadores de repuesto, se la colgó del hombro. Jocnou no sabía en donde se hallaba con exactitud y el mundo de las selvas, los bosques, los pantanos y los desiertos, era muy grande. Para los nuevos bosquimanos cavernícolas era infinito y muy pocos sabían orientarse. Jocnou disponía de su instinto, o acaso de las muchas cosas que le enseñaron hasta sepultar esos conocimientos en la oscuridad de su subconsciente.

Pasó el tiempo y Jocnou seguía caminando, estaba seguro de que su mente le guiaba. De alguna manera, debía permanecer unido a la Hermandad de los Xamanes, ya que se suponía que en el futuro sería uno de ellos. Cazó para alimentarse, se nutrió de pequeños animales, anduvo bajo el sol tórrido y se guareció de tormentas que hacían temblar a todos los animales de la jungla.

Cuando divisó a lo lejos, muy a lo lejos, la cúspide de la montaña de Plata, supo que estaba cerca del valle del río Negro, solo tenía que buscar el campamento del viejo Justiniano. Junto a la orilla descubrió a una mujer que, arrodillada, descarnaba pieles de animales para utilizarlas luego como prendas de abrigo. Apestaban, de forma tan insoportable, que iba a alejarse cuando descubrió a un niño que correteaba. La mujer portaba a otro niño metido en una especie de saco sujeto a su espalda. Jocnou descubrió que, además, estaba embarazada. Aquella mujer, de aspecto prematuramente envejecido, el trabajo y el tiempo la habían castigado con dureza, se giró al advertir su presencia.

—Jocnou… —pronunció el nombre casi temblando, de manera casi inaudible.

Jocnou no podía creerlo.

—¿Llum?

—Sí, Jocnou, soy Llum, creí que no te volvería a ver. Me dijeron que habías muerto en los bosques.

Le costaba reconocerla bajo aquella degradación física. ¿Cuántas lunas habían transcurrido?

Se les acercó uno de los hombres del campamento. No era alto, sí parecía muy fuerte y dominante. Se encaró con Llum y pese a portar a un bebe ensacado en la espalda y hallarse en un estado avanzado de preñez, le dio un violento empujón que la derribó sobre una de aquellas apestosas pieles.

—Llum mía, tú no toques, tú no hables, Llum mía.

La actitud de aquel bosquimano era de clara amenaza. Jocnou achicó los

ojos e instantes después le asestaba un puñetazo en la mandíbula que lo tumbó de espaldas. Aquel hombre se revolvió para lanzarse de cabeza, como un toro, contra Jocnou. Éste le sostuvo la cabeza entre las manos y le aplastó el rostro con su rodilla, lo volvió a levantar y le golpeó de nuevo con los puños hasta arrojarlo al río donde chapoteó con violencia.

Arrodillada, con el niño llorando abrazado a ella, Llum le preguntó a Jocnou:

—¿Y quién me dará de comer?

Dejó su rifle en el suelo junto con la bolsa de cargadores, los demás miembros de la tribu se les iban acercando en circulo y actitud amenazadora. Jocnou braceó en el agua, atrapó al bosquimano y lo sacó a la orilla. Presionó con su rodilla el esternón de aquel hombre al que había estado a punto de dejar que se ahogara en las negrísimas aguas del río silencioso.

—Si vuelves a pegar a Llum, si haces daño a sus hijos, si no les das de comer, vuelvo y te mato.

Tres de los hombres que formaban parte de aquel grupo familiar hicieron intención de avanzar hacia Jocnou para atacarle. Llum, que estaba atenta pese a proteger a sus hijos, le pasó el rifle a Jocnou tras recogerlo del suelo, un rifle que él había dejado en tierra para lanzarse al río y evitar que se ahogara aquel hombre que dominaba a Llum. No se lo pensó dos veces. Jocnou disparó a la entrepierna del bosquimano que le pareció más peligroso, ya que manejaba un hacha con filo de piedra muy cortante. El estampido asustó a todos. El hombre que recibió el disparo quedó quieto unos instantes y empezó a gritar dando saltos mientras se llevaba ambas manos al calzón de piel que le cubría. De haberle disparado una pulgada más arriba, habría quedado castrado, pero Jocnou pensó que era suficiente para que se alejara dando saltos y aullando. "Ya se recuperará", pensó, no había deseado matar.

—¿Dónde está el viejo Justiniano, de caza?

Llum, muy seria, le contó:

—El gran alacrán lo cogió con sus pinzas y se lo llevó, perdiéndose en el bosque. Quisieron perseguirle, pero cuando dejó de gritar, todos abandonaron la persecución.

—Entiendo, ya no valía la pena. ¿Y tu hermano Nano?

—Se fue.

—¿Sólo?

—No, pasó una familia con dos chicas, él enseñó cuchillo tú regalaste.

—Comprendo, se fue con ellos.

Jocnou puso sus manos sobre la cabeza del niño que se abrazaba contra el vientre abultado de su madre. Fue consciente de que era su hijo, pero aquello no tenía importancia entre las familias que vivían en selvas y bosques; los niños pertenecían al grupo en que nacían.

—Llum, tu hombre no te hará daño, yo tengo que seguir caminando, busco

algo que no sabría cómo explicarte.

Llum no entendió nada, pero asintió con la cabeza. En sus ojos ya no quedaban lágrimas que poder derramar.

No quiso permanecer más tiempo en el campamento de aquella familia en la que quedaba resguardada Llum y sus hijos. Trepó por la pared del acantilado mientras oscurecía y no quiso llegar muy aprisa a lo alto, sentía la necesidad de meditar.

No estaba seguro de si, efectivamente, había hablado con Diana, ya que hacía siglos, quizás milenios, que estaba muerta, no así su inteligencia, su mente fundida con el mundo de los algoritmos. Inmerso en una angustiada confusión, se acurrucó en un hueco de la pared casi vertical del acantilado, un lugar donde podía dormirse sin precipitarse al abismo. Contempló con una fijeza casi hipnótica las aguas silenciosas del río Negro que parecía llegar desde la montaña de Plata o quizás de mucho más lejos. Tenía que derribar aquel muro invisible que le aislaba de la memoria oculta, aquella memoria que le había transformado en superior respecto a los demás humanos de bosques y selvas que se agrupaban en pequeñas familias. Sabía que al final habría de transformarse en un xaman de la hermandad y proseguir así la nueva y lenta evolución de la humanidad tras el caos que transformó el planeta, arrasando las grandes metrópolis.

Aquella noche fue más larga que ninguna otra y la angustiosa sensación de la soledad le oprimió el esternón. ¿Debía arrepentirse de haber conocido a aquellas extrañas y bellísimas Hijas de Diana?

Cuando el dios sol anaranjado despuntó por el horizonte arrancando los primeros destellos sobre el río de la muerte, Jocnou se puso en pie y reanudó su macha. Cuando llegó a lo alto del acantilado, supo cuál era el camino a seguir: Piedras antiguas recortadas por el hombre, huecos que esperaban como trampas. Descendió por una rampa y se fue adentrando en aquel laberinto que, en ocasiones, tenía agua y en otras, caminaba sin problema.

Al fin llegó a la sala donde aguardaba el viejo Xaman de aspecto casi momificado. Los mandriles le descubrieron con rapidez y debieron de recordar que Jocnou ya había estado allí con el beneplácito del sabio.

—¿Qué buenas nuevas nos traes, Jocnou?

Sin prisas, el joven se fue acercando al anciano. El agua de las grutas escurría por su cuerpo. Los peligrosos mandriles mostraban sus letales colmillos de los que parecían sentirse orgullosos, al tiempo que parecían intimidar burlonamente a quien osara acercárseles.

—Estuve en la Arcadia de las Hijas de Diana —dijo en tono grave, una voz que podía tomarse por cansancio o fatiga.

—Lo sabemos, nuestros pájaros te siguen a todas partes.

—Y vuestras mentes también —replicó Jocnou

Al anciano Xaman se le escapó una risa cascada.

—Siempre he pensado que tú eras el más inteligente de los varones que preparamos para el futuro. Terminarás por ser el patriarca de la Hermandad de los Xamanes.

—Yo no quiero ser el patriarca de nada. —Achicó sus ojos clavándolos en los casi vidriosos del muy anciano— ¿Quién es ahora el patriarca de los Xamanes?

—¿Te hicieron la misma pregunta esas brujas endemoniadas que aparecen y desaparecen cuándo y cómo quieren?

—No, no me lo preguntaron, pero yo sí te lo pregunto, muy honorable maestro de la sabiduría eterna.

—Es el guardián de la memoria del mundo olvidado.

Se le acercó un paso más, quería hasta olerle el aliento antes de que éste pudiera cesar para siempre.

— ¿Cómo se llama esa memoria? —insistió.

—¿No te lo dijeron esas brujas?

—No, lo cierto es que no.

—¿Qué te contaron entonces?

—Todavía no me has dicho el nombre de la memoria.

El xaman volvió a reírse, de una forma tan sarcástica que no podía considerarse risa.

—La Biblioteca.

—Biblioteca, biblioteca —repitió Jocnou, como hurgando en su mente.

—Sí, el lugar adonde se lleva a los niños escogidos para que de mayores pasen a ser parte de la Hermandad de los Xamanes. Allí devoraste toda la historia de la Civilización Olvidada, allí te convertiste en lo que hoy eres, un ser muy superior al resto de los humanos que habitan en bosques y selvas. Tú eras el único capaz de vencer a esas brujas que se hacen llamar las Hijas de Diana, ya has estado con ellas y habrás visto cuáles son sus poderes.

—¿Y cómo es que no recuerdo esa etapa de mi vida que tan diferente me ha hecho respecto los demás humanos?

—El gran patriarca guardián de la memoria de los tiempos olvidados tiene muchos poderes mentales. Tú también los tendrás un día si llegas a ocupar su puesto.

El anciano, la piel de su rostro estaba tan arrugada que ya no parecía humano, exteriorizó que se sentía irritado, una irritación que captaron los mandriles que se movían por todas partes en aquella cripta gigante, y comenzaron a mirar a Jocnou con hostilidad. Al principio, le habían reconocido como amigo de su amo al que le servían las frutas que ellos recogían de bosques y selvas, mucha de aquella fruta ya estaba desperdigada por los suelos y hedía de manera insoportable. Jocnou sabía que aquellos fuertes mandriles, cuando atacaban lo hacían en grupo, como en familia, y en esas situaciones ni los leones se atrevían con ellos ya que sus colmillos eran

tan grandes como poderosos.

—Las Hijas de Arcadia no nos quieren ningún mal.

El Xaman volvió a reír con sarcasmo, aunque apenas se le podía oír.

—¿No? Entonces, ¿por qué envían a sus demonios voladores para matarnos? —Tornó a reír, sarcástico, su risa fue más breve. —Jocnou, te han embrujado y no te has dado cuenta, son bellísimas, ¿qué varón puede resistírseles?

Sin dejar de vigilar a los mandriles, que cada vez se mostraban más hostiles, emitiendo chillidos de advertencia y amenaza, respondió:

—Anciano maestro, las Hijas de Arcadia son más inteligentes de lo que suponéis y no nos temen para nada, cierto es que nos utilizan.

—Son tan perversas como inteligentes, si no ¿por qué crees que estamos escondidos en lugares inaccesibles para sus demonios asesinos?

—Tengo que desbloquear mi mente, escapar de la oscuridad del olvido, ser yo mismo.

—No te equivoques, tú fuiste educado para ser uno de nosotros y antes de llegar a ocupar ese puesto, debías esforzarte en vencerlas. Nadie antes ha estado tan cerca de ellas, en su nidal sacrílego.

—Lo que parece, anciano maestro, es que aparte de la oscuridad de mi mente, existen dos memorias de la civilización olvidada: La que nosotros tenemos en la biblioteca de la que me has hablado y la propia memoria de ellas. No entiendo por qué pretendemos esa destrucción doble y recíproca.

—¿Es que no lo has entendido? —Antes de que Jocnou pudiera responder, el anciano prosiguió—. Nosotros estamos asentados en los fundamentos de la civilización olvidada y que debe prevalecer, esa es la decisión de nuestra Hermandad.

—¿Cuándo se tomó esa decisión?

—Hace tantas generaciones que se pierde en la noche de los tiempos. Los dioses nos castigaron con la destrucción de nuestro mundo, por pretender cambiar lo establecido desde el principio de los tiempos.

Jocnou, que notaba como se intensificaba la hostilidad de los mandriles, que serían casi dos docenas, tomó su rifle entre las manos y siguió hablando con el hombre que se suponía guardaba la sabiduría de la humanidad.

—Es lo que he estado meditando, anciano maestro. No podemos continuar con los errores de la civilización olvidada. Si sufrimos el castigo de la destrucción total, los supervivientes debemos iniciar una nueva civilización sin incurrir en los mismos pecados que cometió la olvidada.

—Tus palabras son la evidencia de que esas brujas Hijas de Diana han dominado tu espíritu y tu mente. No te han aniquilado porque lo que pretenden es que seas tú quien inicie la destrucción total de la sabiduría que los dioses depositaron en nuestras manos.

Jocnou, dando cortos pasos a derecha e izquierda, movía al tiempo su

cabeza con un gesto negativo.

—Las Hijas de Diana no me han pedido que destruya nada, sólo me han dado a entender que ellas prescindieron de esos fundamentos con los que los Xamanes pretenden recuperar la civilización olvidada. Ellas se han hecho a sí mismas, se han transmutado empleando la tecnología, la ciencia.

—¡Yo te maldigo Jocnou!

—¿Qué me está diciendo, anciano maestro?

—Eres un sacrílego, has aceptado como algo bueno la transmutación de las brujas.

—No son brujas, son seres muy inteligentes que saben lo que quieren. De haber deseado destruirnos ya lo habrían hecho, porque además de inteligentes son poderosas y tienen elementos destructivos de los que carecemos nosotros.

El viejo Xaman, de la irritación había pasado a la ira.

—¡Matadlo, matadlo! —gritó para que los mandriles, sus servidores y guardianes, atacaran a Jocnou que sólo era un hombre. La tribu de mandriles acabaría con él sin dudarlo.

El ataque de los simios, que sí habían entendido la orden del Xaman, fue furioso. Jocnou se deshizo del primero de ellos con un fuerte culatazo y al segundo, le puso un balazo en plena cara. La detonación del primer disparo aumentó los chillidos de los simios. Jocnou siguió disparándoles, aunque varios de ellos le saltaron encima. Sitió el dolor de las heridas que le causaban los colmillos de los mandriles, pero tenía que aguantar o lo despedazarían por completo. Fue una lucha feroz, desatada por la ira del Xaman. El suelo se llenó de cuerpos muertos o malheridos de mandriles. Al quedar solo unos pocos y percatarse de que no podrían con Jocnou, optaron por alejarse, desapareciendo entre las galerías subterráneas donde sus chillidos hallaban ecos alucinantes.

Jadeante y sangrando, Jocnou observó los cuerpos ya inertes de los simios. También, tumbado en el suelo fuera de su klineo, estaba el Xaman que en el fragor de la lucha debía haberse caído, empujado por alguno de los enloquecidos mandriles.

Se inclinó sobre el anciano, lo volteó ligeramente para verle el rostro, un rostro que no expresaba paz. Tenía los ojos totalmente abiertos, inmóviles y de un color gris claro, no había vida en ellos.

—Lo siento, ha sido tu propia ira la que te ha quitado la vida.

Con la preocupación de que pudieran aparecer más mandriles para atacarle, buscó la salida. Tenía que lavarse las heridas y hallar luz para su espíritu que seguía encadenado por las poderosas mentes de la Hermandad de los Xamanes.

Capítulo XVI

Como una amplia terraza plana, el montículo de difícil acceso se exponía al sol, al viento, a las noches negras sin luna, a las tormentas que barrían de la terraza las minúsculas piedrecitas que pudieran haber quedado allí donde Jocnou yacía tendido de espaldas y con el rostro mirando al rojizo sol naciente.

La fiebre había cesado, tenía la boca seca y los labios como espolvoreados de sal. La lengua, dentro de su boca, era como un estorbo, un objeto extraño que le molestaba, casi le torturaba. No había tenido miedo de que ningún animal carnicero le saltara encima, no veía a los demonios voladores de las Hijas de Diana, pero estaba seguro de que andaban por alguna parte, siempre vigilantes. Le habían protegido del alacrán gigante y seguirían protegiéndole. Era como si le hubieran encomendado una misión y él tenía que cumplirla.

—¿Qué esperáis de mí? Solo soy un mortal, no un dios como vosotras.

Unas voces femeninas, que sonaban como música de brisas, repetía:

—No somos diosas, somos mujeres que nos hemos mutado a nosotras mismas.

La frase se repetía como una melopea y para escapar de ella, Jocnou hubiera deseado que le calzaran una de aquellas gafas mágicas que le hacía disfrutar del placer de la cópula de una manera tan hermosa como brutal. No obtuvo lo que deseaba, se reincorporó y alzando los brazos, giró sobre sus pies. Como si pretendiera que su voz llegara a penetrar en el ardiente sol, gritó:

—¡Soy Jocnou, soy Jocnou, seré el gran maestro de la hermandad de los Xamanes!

Dentro de su fuerte y amplio tórax estalló la congoja contra la ira. Tomó el rifle y apuntó al cielo. Comenzó a disparar girando en círculo y las detonaciones se expandieron en la lejanía alrededor de aquel montículo que Jocnou ignoraba que un día recibió el nombre de la Devils Tower y que, gracias a la dureza de su basalto negro, había resistido a la gran destrucción.

Como si hubiera tenido alas en los pies, Jocnou se lanzó hacia abajo sin miedo a perder el dominio de sí mismo, era como si hubiera conseguido la capacidad de volar del águila.

Corrió durante días, durante periodos de lunas completos. Si animales o bosquimanos pudieran haberle visto a distancia se habrían escondido, la decisión estaba en sus ojos enfebrecidos y en la fuerza de sus potentes músculos. Al final, llegó al valle que ya conocía, sabía que tenía que

adentrarse por entre huecos formados por las rocas desprendidas desde lo alto de la montaña.

Lentamente, el sol perdía fuerza, las sombras de la noche se adueñaban de aquel lugar y Jocnou decidió no adentrarse en el dédalo de oquedades hasta que el sol lo iluminara todo. Tenía que enfrentarse al gran maestro de la Hermandad de los Xamanes y deseaba estar tranquilo, seguro de sí mismo, sin vacilaciones.

Hallarse en el lugar donde había crecido y había sido educado por la Hermandad le provocó un profundo desasosiego en el duermevela, era como si comenzaran a destrozarse las grandes losas de piedra que constituían el muro que encerraba su memoria.

Aquel lugar donde se atesoraba la sabiduría del gran Xaman no era una fortaleza, no era un castillo ni un palacio, era... Hurgó en su pensamiento buscando la palabra exacta.

—Un buque.

Sí, era un buque grande y lujoso. En la civilización olvidada y extinta había pertenecido a un poderoso señor que por placer y por demostrar al mundo cuan rico era, lo había atiborrado de obras de arte, estatuas, pinturas y una magnifica biblioteca con ediciones de libros que sólo él podía adquirir dada su fortuna. De aquel muro que enclaustraba el pasado de Jocnou, seguían desprendiéndose las losas que ocultaran las verdades hurtadas por los xamanes.

En el gran caos provocado por los propios humanos, se habían hundido cordilleras enteras mientras el nivel de los océanos subía de forma fantástica. Las aguas se habían tragado mastodónticos buques de carga o de pasajeros y lo mismo había ocurrido a las gigantescas metrópolis que los humanos habían llegado a considerar eternas en su pueril arrogancia.

Aquel buque, símbolo y exponente de poder, arte y placer, había quedado varado contra una de las paredes del valle al retirarse las aguas. Aludes de rocas se habían desprendido desde lo alto de los precipicios, y esas rocas habían ido destruyendo aquel buque que guardaba tanta memoria de la civilización olvidada. Parte del interior del buque había resistido, pero la caída de más y más peñascos había terminado ocultándolo por completo.

Jocnou se adentró por lo que parecían grutas naturales, recordaba bien el camino por la última vez que había visitado al gran maestro. Al fin, llegó a la gran sala iluminada por aquellas luces frías que le resultaban tan enigmáticas. Al llegar a la gran sala, se detuvo. Colgado a su espalda portaba el rifle con el que se había desembarazado de los enormes y furiosos mandriles. Descubrió la figura enjuta, sentada con las piernas cruzadas en la postura del loto.

—Gran maestro —le saludó inclinando la cabeza.

—Bienvenido Jocnou, ¿crees que ya me vas a suceder? Eres muy joven todavía. —Se rio de manera lenta y sarcástica, también arrogante.

Anduvo despacio hacia él. Sin vacilar, sin demostrar temor, le interrogó.

—¿Cuántos Xamanes componen la hermandad?

—¿Lo preguntas para descontar al que mataste en la montaña de Plata?

—No lo maté, los monos debieron empujarle y su vida se rompió, debía de ser muy quebradiza.

—¿Has venido a matarme a mí ahora? —preguntó burlón el anciano, seguro de dominar la situación.

Cuando estuvo a pocos pasos del xaman, Jocnou se detuvo. Le debía mucho a aquel anciano sabio, le había dado cultura y poder por encima de los demás bosquimanos.

—He conocido a las Hijas de Diana.

—Lo sé —asintió, lento y sin dudar.

—¿Cómo lo sabes si no has corrido por bosques y selvas conmigo?

—Tu mente no tiene secretos para mí, muchacho, todavía eres muy joven y tienes mucho que aprender. Un día serás el gran maestro de la hermandad, pero aún no posees la sabiduría suficiente y por ello dudas, y esas dudas hacen que te preguntes. ¿Has venido a matarme?

—¿Tendría que hacerlo?

—Siempre hemos sabido que las Hijas de Diana son muy poderosas, pero creíamos que tu mente, tu espíritu, sería resistente y no te dejarías embaucar.

—Gran maestro, ellas no nos quieren hacer daño, viven al margen de nosotros, se han transformado, han mutado,

Mostrando algo de irritación, el anciano rebatió:

—Son supervivientes de la civilización olvidada, lo sabemos, pero ¿cómo consiguieron salvarse de la gran destrucción? Eso es lo que tu tendrías que contarnos.

Jocnou suspiró ruidosamente.

—Lo sé, gran maestro.

—Entonces, sabremos como terminar con su Arcadia.

—Imposible,

—¿Por qué?

—Si ellas no nos quieren perjudicar, cuando podrían hacerlo, ¿por qué hemos de hacerles daño nosotros a ellas.

—Porque son brujas. En la civilización olvidada había mujeres como ellas que se arrogaban poderes que no merecían.

—¿Por qué no los merecían? —preguntó Jocnou sin irritarse, frío. Su mente era como una amanecida en la que la luz del sol trataba de abrirse paso.

—Siempre quisieron ocupar los lugares que no les correspondían.

—¿Me estás diciendo que eran inferiores al varón?

—Tú lo has dicho, muchacho. La civilización olvidada era patriarcal y la que vamos a recuperar, aunque cueste muchos milenios, volverá a serlo, así lo establecieron los dioses y nosotros somos los encargados de reconstruir lo que

se destruyó. Sin duda alguna, se hicieron muchas cosas mal y los dioses nos castigaron obligándonos a volver a comenzar y aunque tú lo ignores, tales hechos no han ocurrido en una sola ocasión. Por ello los Xamanes, custodios de la sabiduría, tenemos que reiniciar la civilización humana tal como nos la impusieron y marcaron los dioses de la creación.

Jocnou parpadeó. La alborada iba dejando pasar más y más la luz del día, permitiendo que su mente se iluminara mejor.

—Gran maestro, la diferencia entre las mujeres y los varones sólo estaba en el poder de la fuerza física. Su mente, su espíritu, son iguales a los nuestros

—¡Sacrílego!

Jocnou siguió hablando, no se inmutó.

—Me han demostrado que son tan inteligentes que han conseguido, eso sí, a lo largo de generaciones, sucesos y mutaciones que quizás tú, gran maestro, no llegues a entender.

—Lo que han hecho contigo es un alarde de brujería, lo dicen los libros sagrados.

—¿Esos libros que se guardan en la Biblioteca?

—¿También te lo han dicho ellas? ¿Te han pedido que destruyas la memoria humana, la memoria de los dioses?

Jocnou se balanceó ligeramente sobre sus pies. Ambos se miraban fijamente a los ojos con un claro desafío, no parecían desear lo mismo.

—No me pidieron que destruyera nada, pero sí me dieron a entender muchas cosas. Ya te he dicho que son muy inteligentes, creo que deseaban decirme más, pero no lo hicieron.

—¿No te pidieron que destruyeras la memoria que se guarda en la Biblioteca?

—No insistas en lo mismo, gran maestro, lo que ellas deseaban es que entendiera que la nueva civilización que estamos iniciando no ha de cometer los mismos errores que la olvidada.

—Esas brujas han llenado tu mente de tinieblas, lo que quieren es subvertir el orden que los dioses impusieron más allá de los tiempos olvidados.

—No hay dioses, gran maestro.

Pálido, casi queriéndosele salir los ojos de las órbitas ante lo que acaba de oír, rugió:

—Ah, ¿no? ¿Qué hay entonces, según las brujas de la Arcadia?

—Inteligencia evolutiva, gran maestro.

—¡Herejía! —estalló incorporándose como para enfrentarse a Jocnou.

El muro que enclaustrara su memoria personal, aquella memoria con la que los Xamanes le habían culturizado, se vino abajo totalmente. Ya no se sentía obligado a seguir el credo que le habían impuesto en su niñez y adolescencia, preparándolo para ser en el futuro otro gran maestro de la Hermandad.

—Esos dioses de los que me hablas no pueden pretender que los humanos permanezcamos siempre igual, sería como un bucle infernal. Tratábamos a las mujeres como un animal doméstico a nuestra disposición porque así conseguíamos nosotros ser un calco de los dioses y al morir, nos mezclaríamos con ellos.

—Y así será, muchacho. La Hermandad de los Xamanes será la primera en sentarse al lado de los dioses y los que obedezcan y sigan nuestros credos, entrarán en el mismo paraíso.

—Las Hijas de la Arcadia ya construyeron su propio paraíso y lo han hecho al margen de nosotros los varones y de vuestros dioses.

—Nunca conseguirán subvertir las bases, los fundamentos del patriarcado.

Jocnou adelantó un par de pasos, quedaron tan cerca el uno del otro que podían tocarse con las manos.

—Las Hijas de Diana no van a atacar a nadie, sólo desean que la nueva civilización les dé el puesto y la igualdad que merecen frente al varón.

—Eso no sucederá jamás.

—Te olvidas de algo muy importante, gran maestro. La civilización olvidada y que corremos el riesgo de que se repita, es el dominio del más fuerte sobre el más débil, y en estos momentos, entre tú y yo, el más fuerte soy yo.

Jocnou cogió la cabeza de Xaman, como si fuera a acariciarle las mejillas. Hizo unos movimientos secos y rápidos y se escuchó un ruido de leve rotura. El gran maestro quedó colgando de las grandes y poderosas manos del joven que sostuvo el cuerpo en el aire y lo acercó a la plataforma sobre la que había estado como meditando. Le dejó para que se inclinara hacia adelante, no deseaba hacerle nada más.

—Ya no tenías aquí a nadie que pudiera defenderte, nada les hubieras podido dar como pago para que compensaran esas fuerzas de las que ya careces.

¿Quién encendería y apagarías aquellas luces frías a partir de aquel momento? No sabía si había más xamanes esparcidos por valles, montañas y bosques.

Se adentró más por las estancias del buque olvidado hasta que encontró la puerta de la Biblioteca y la abrió con un violento empujón. Las luces frías estaban encendidas, el gran maestro de la Hermandad de los Xamanes no había podido apagarlas.

Estanterías y más estanterías repletas de libros escritos en diferentes leguas, todas las religiones se hallaban allí descritas proclamando sus verdades. Cuadros, estatuas… Jocnou recordó haber estado allí para prepararse y en el futuro poder suceder al gran maestro.

Epilogo

La noche sin luna era tan negra que a Jocnou se le llenaron los ojos de estrellas.

Lejos, muy lejos, un fuego blanco surgía de la tierra, quizás de sus entrañas. Una luz más pequeña e intensa trepó hacia las estrellas como queriendo unirse a ellas.

Jocnou sabía que aquella lucecita que ascendía y ascendía, quizás hasta desaparecer, transportaba a las Hijas de Diana. Se habían auto transmutado utilizando su inteligencia, su ciencia, su tecnología. Habían fundido sus espíritus, su sabiduría, su memoria, con inteligencias artificiales, apenas precisaban mantenimiento y podrían aparecer y desaparecer en hologramas cinco-D interactivos como y cuando quisieran. El espacio era suyo, todo suyo, y escapaban para navegar por entre las estrellas de la Vía Láctea. ¿Volverían alguna vez al planeta Tierra? Jocnou no lo sabía. Las Hijas de la Arcadia de Diana se alejaban hacia el núcleo de la amalgama de estrellas y planetas, y se alejaban más y más porque un día se dieron cuenta de que habían dejado de amar a los hombres.

Los ojos de Jocnou se desbordaron de lágrimas y no, no lloraba por el final y muerte de la Hermandad de los Xamanes.

FIN
607 257 095

Sobre*Cuando las mujeres dejaron de amar a los hombres*

Escrita durante la pandemia del Covid-19, esta interesante novela nos plantea una sociedad futura en la que las mujeres humanas han aprendido a vivir sin los hombres, usándolos apenas como meros recipiente de esperma para perpetuar la especie. En esta siniestra distopía, un hombre salvaje se enfrentará al sistema y descubrirá el escalofriante secreto detrás del día en que las mujeres dejaron de amar a los hombres. Ralph Barby nos vuelve a dejar boquiabiertos haciendo gala de su imaginación desbordante y su gusto por lo escabroso.

SAGA
El
callejón
del
beso
Lucía Montojo

El callejón del beso

Montojo, Lucía
9788728374016
276 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Novela de prosa pulcra y certera que embelesa a quienes se adentran en esta historia. Claudia, su protagonista, empieza a enfrentarse a la vida a través de varios encuentros con personajes dispares unidos por el amor, la ambición, el rencor y las ganas de exprimir el tiempo que les queda. La única arma con la que podrá contar Claudia es la más poderosa: la escritura. Con ecos de Antonio Gala y de Carmen Posadas, esta novela de Lucía Montojo sorprende como una auténtica revelación.-

Cómpralo y empieza a leer

Teresa Molina Villar
El tomate y el mirlo
KIDS

El tomate y el mirlo

Molina Villar, Teresa
9788728101797
8 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cómo demostrarías tu amistad a un amigo querido? El mirlo guardián lo tiene muy claro. Ese tomate brillante y hermoso que está creciendo en el jardín de la casa de vacaciones será para su amiga, la niña que juega con él todos los veranos. Pero proteger el tomate hasta las próximas vacaciones no será fácil: más de un habitante de la naturaleza intentará darle un mordisco. -

Cómpralo y empieza a leer

Las crónicas de Clifton
Jeffrey Archer
El secreto mejor guardado
SAGA

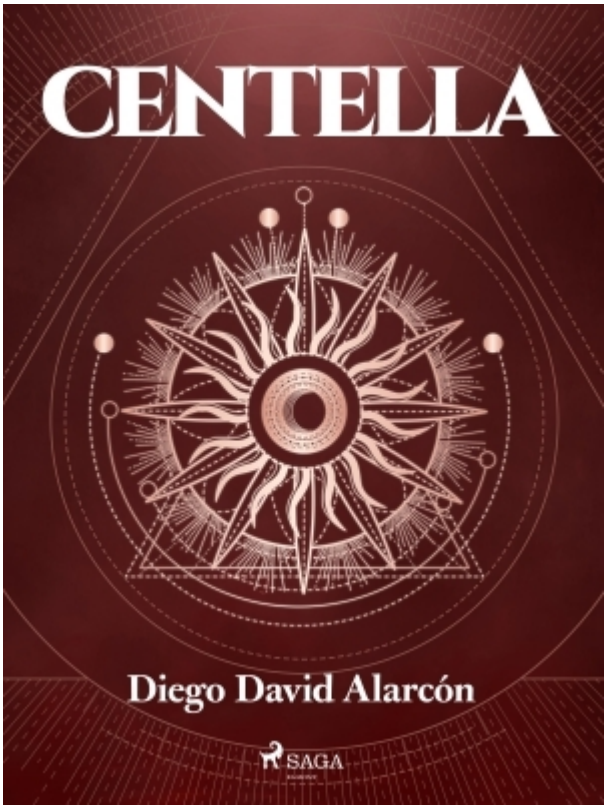
El secreto mejor guardado

Archer, Jeffrey
9788726491807
325 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

1945. La votación de la Cámara de los Lores para decidir quién hereda la fortuna familiar de los Barrington ha acabado en empate. El voto decisivo del Lord Canciller hará tambalearse las vidas de Harry Clifton y Giles Barrington. Harry regresa a América para promocionar su última novela, mientras que su amada Emma se embarca en la búsqueda de la niña que apareció en el despacho de su padre la noche en que éste fue asesinado. Cuando se convocan elecciones generales, Giles Barrington tendrá que defender su asiento en la Cámara de los Comunes, horrorizado al descubrir que los Conservadores han decidido ponerse en su contra. Sin embargo, será Sebastian Clifton, hijo de Harry y Emma, quien tenga la última palabra sobre el destino de su tío. En 1957, Sebastian obtiene una beca para estudiar en Cambridge. Así aparece en escena una nueva generación de la familia Clifton. Después de ser expulsado de la universidad, Sebastian se verá envuelto en una trama internacional de falsificaciones de arte que implica una estatua de Rodin cuyo valor es mucho mayor que la suma por la que se acaba vendiendo en subasta. ¿Se convertirá Sebastian en millonario? ¿Acabará sus estudios en Cambridge? ¿Está su vida en peligro? "Best kept secret" responde a todas estas preguntas, aunque, de nuevo, plantea muchas más.-

Cómpralo y empieza a leer


CENTELLA
Diego David Alarcón
SAGA

Centella

Alarcón, Diego David
9788726975710
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Matías es el hijo de un desaparecido, Nicanor, al que apenas pudo conocer. A pesar de que la narración recupera fragmentos de su infancia nebulosa, el grueso de esta novela se asienta en la actualidad de Matías. En el mundo de nuestro protagonista habitan ansiedades y criaturas semi-irreales que brotan de un fondo oscuro acechante. Con "Centella" se consolida la capacidad de Diego Alarcón como uno de los novelistas sorprendentes de la literatura argentina contemporánea.-

Cómpralo y empieza a leer

Las crónicas de Clifton
Jeffrey
Archer
Los pecados
del padre
SAGA

Los pecados del padre

Archer, Jeffrey
9788726492026
244 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Los pecados del padre" es el segundo libro de las aclamadas Las crónicas de Clifton, la obra más ambiciosa de Jeffrey Archer tras una carrera de cuatro décadas como autor bestsellers internacionales. Tras la estela del lanzamiento el año pasado de "Solo el tiempo lo dirá", libro que arrasó en las listas de bestsellers de todo el mundo, "Los pecados del padre" lleva al lector a asombroso viaje desde los bajos fondos de Bristol a las salas de juntas de Manhattan. El libro da comienzo en Nueva York, 1939. Harry Clifton, bajo la nueva identidad de Tom Bradshaw, se encuentra arrestado por homicidio en primer grado. Cuando Sefton Jelks, un abogado estrella de Manhattan, le ofrece sus servicios sin esperar pago a cambio, Harry no tiene más remedio que aceptar la oferta, pues no le queda un centavo. Después de que Harry sea hallado culpable y condenado en el juicio, Selks desaparece misteriosamente. La única forma que tendrá Harry de demostrar su inocencia será revelar su verdadera identidad, cosa que ha jurado no hacer para proteger a la mujer que ama. Mientras tanto, su amada Emma Barrington viaja a Nueva York. Ha dejado a su hijo en Inglaterra tras decidir que hará todo lo posible para encontrar al hombre con quien esperaba contraer matrimonio, incapaz de creer que ha muerto en el mar. La única prueba que posee es una carta que ha permanecido cerrada sobre la repisa de una chimenea en Bristol desde hace más de un año. Sin embargo, la letra de la carta es inconfundible.La nueva novela época de Jeffrey Archer tensa las lealtades familiares hasta el límite a medida que se revelan nuevos secretos. "Los pecados del padre" presenta todos los giros característicos de las clásicas novelas de Archer. Una historia que

dejará a los lectores con ganas de mucho más.-

Cómpralo y empieza a leer